Ángela Nzambi

Biyaare

(Estrellas)



Sial / Casa de África

S



ÁNGELA NZAMBI es natural de Lía, un pueblo del distrito de Bata, de Guinea Ecuatorial. Realizó sus estudios de Bachillerato entre los Institutos de Enseñanza secundaria «Carlos Lwanga» en Bata y «Rey Malabo» en Malabo. Inició sus estudios superiores en la Escuela Nacional de Agricultura, ENA, en Malabo, luego se trasladó a la Universidad de Valencia para estudiar Ciencias Empresariales. Posteriormente pasó una temporada en Houston - TX, donde asistió a un Curso de Inglés, «Literacy Iniciative for Today» en University of St. Thomas.

Tiene una obra publicada, *Ngulsi* (2012); ha participado en las obras colectivas, *Navidad dulce Navidad* (2012), *23 Relatos sin fronteras* (2015).

Ha participado en los congresos internacionales: «III Foro Social Mundial de Migraciones», organizado por la ONG Comisión Española de Ayuda al Refugiado, CEAR, en Rivas-Vaciamadrid, Madrid; «África y pueblos de ascendencia africana: problemáticas actuales y acciones para el futuro», organizado por Howard University, Washington DC; Seminario sobre literatura en español de Guinea Ecuatorial, organizado por Dipartimento di Lingue e Litterature Straniere, Sezione di Iberistica, Universitá degli Studi di Milano.

BIYAARE
(ESTRELLAS)


Casa de África

Ángela Nzambi

BIYAARE
(ESTRELLAS)

Prólogo de Justo Bolekia Boleká



Casa de África, 48
SIAL ediciones

Índice

PRÓLOGO

Ángela Nzambi se suma a la lista de mujeres africanas guineo-ecuatorianas –como Raquel del Pozo Epita (Raquel Ilombe), María Nsué Angüé, Trinidad Morgades Besari, Caridad Riloha Ebuera, Remei Sipi Mayo, Guillermina Mekuy Mbá Obono, Paloma Loribo Apo, Victoria Evita Ika, Mari-Carmen Baca Smith, etc.– que ejercen de escritoras en determinados momentos de sus vidas. Porque muchas de ellas ejercen funciones múltiples: esposas, madres, trabajadoras, etc.

Todas ellas son activistas del hispanismo negroafricano, un movimiento que han convertido en un espacio de creación y formación en lo que se refiere a la exposición de las reivindicaciones de la mujer africana de hoy. Su único instrumento de combate es la lengua heredada de la colonización, es decir, la lengua española, que además es la histórica lengua oficial de su país, Guinea Ecuatorial.

Ángela Nzambi ha convertido el hispanismo negroafricano en un espacio donde, como escritora y observadora crítica de su realidad circundante, describe a la mujer africana de hoy (y de mañana) que revive su doble realidad: la uterina materno-filial, caracterizada por una formación iniciática no reglada pero de profundas raíces, y la vivida en centros formativos impuestos por los colonizadores europeos y de las que se han adueñado los gobernantes africanos.

En una primera lectura observamos que los veinte relatos de Ángela Nzambi parecen totalmente independientes. Sin embargo,

a medida que nos vamos adentrando en la lectura, vemos que, en primer lugar, cada uno está conectado con el otro mediante la misma autora-narradora implicada en cado uno de los relatos. En segundo lugar, son relatos en los que la mayoría tiene como protagonistas principales o únicas a las mujeres. Son mujeres del ayer de Ángela Nzambi, de su infancia, de sus familiares, vecinas, conocidas, etc. (como Namba, Nalang ma Nkua, Suaya, Bisabinga, Nawara, Kuma, Malúa, etc.) o de su mundo presente (como Oyana, Zoubida, Rama, Sara, etc.).

En sus relatos Ángela Nzambi reivindica el papel de la mujer negroafricana en los espacios socio-formativos tanto africanos como no africanos. Es como si buscara indicios de empoderamiendo de esta mujer negroafricana en su contexto íntimo (seno familiar), o en contextos próximos (pueblo, país) y lejanos (imágenes de otro continente). El relato que mejor recoge ambos contextos es Bara, donde nuestra escritora nos presenta elementos conocidos por el lector guineoecuatoriano o extranjero (que ha pasado alguna temporada en Guinea Ecuatorial) como el hotel Panáfrica, las tiendas Martínez Hermanos, el Paseo Marítimo, el barrio Kumandakina, el *pepesup* (o caldo de pescado con picante), los *soyas* (pinchos de carne), el tres de agosto, el *congosá* (chismografía de la ciudad), etc., o recuerda las corruptelas que definen su sociedad guineoecuatoriana: «Muchos de nosotros venimos de los pueblos, no sabemos leer ni escribir, conducimos por intuición... Necesitamos trabajar. Si nos pillan los agentes les damos lo que nos piden, sabemos lo que quieren...». Pero en lugar de recoger también el español basilectal propio de los guineoecuatorianos que no saben leer ni escribir, Nzambi utiliza un español acrolectal (nivel medio-alto) en sus personajes, quizá para dar testimonio de su inclusión lingüística, o su condición de dueña del español heredado de la colonización. Las improntas que ha interiorizado como consecuencia de su condición de ciudadana migrante le hacen apropiarse de elementos exóticos que luego atribuye a las mujeres guineoecuatorianas. Es el caso de expresiones como «las mujeres llevamos en los bolsos nuestra vida y la de la humanidad» (en el relato de Bara), como si etnoculturalmente hablando, la mujer guineoecuatoriana llevara bolsos.

La presencia de destacados personajes negroafricanos en algunos relatos (como los *griots* malienses, el emperador Sundjata Keita, el profesor Cheik Anta Diop, el Premio Nobel Wole Soyinka, etc.) o la alusión a la implicación de las Naciones Unidas en el Año Internacional de los Pueblos de Ascendencia Africana, el movimiento de la Negritud, la práctica religiosa del Vudú de la diáspora, etc., son testimonios de las experiencias que ha debido vivir Ángela Nzambi durante su nutrida formación reglada. Todo esto convierte sus relatos en escenarios de aprendizaje integral, donde el lector pasa de lo histórico a lo moderno, tanto en el África de las aldeas o grandes aglomeraciones humanas, como en el África de la diáspora. Como todas las escritoras negroafricanas, ya sean o no guineoecuatorianas, Ángela Nzambi es testigo de ambas realidades, de ambas memorias y espacios de configuración identitaria.

JUSTO BOLEKIA BOLEKÁ

A mi familia, a mis amigos.

BIYAARE

Son como estrellas. Iluminan caminos que llevan a horizontes imprecisos; luego se esconden detrás de nebulosas. Con el tiempo voy reconociendo el guiño cómplice que me dedican desde sus alturas, a intuir los secretos que no comparten. Y es que ellas también buscan destinos.

1. Bissuo

Desconozco la fecha y el lugar en los que nací. Nadie me lo ha contado. En mis recuerdos más remotos sólo está ella, sus sentimientos y sus miedos, como si la hubiera visto nacer o dar sus primeros pasos. Y me preguntaba si ella me percibía ahí, en cada una de sus lágrimas, a la altura de sus ojos cuando se miraba al espejo, y qué vínculo era el que nos unía. El tiempo pasa aquí también, en esta dimensión de la vida, y, como por contagio, nos hacemos la misma pregunta: ¿para qué existo? La respuesta, obtenida de lo evidente y cotidiano, no siempre gusta; pero después, ya no podemos esperar e iniciamos el camino de nuestro reconocimiento apoyados en los fragmentos de esa otra vida que conocemos.

La idea de contar historias es uno de mis sueños, una utopía concebida con las lecturas de mis primeras novelas; me orienta hacia objetivos incongruentes, pero que me dejan experiencias para seguir alimentando la utopía; y en la tentativa de componer, tomando referencias de otras vidas, voy recomponiendo la mía. Empecé transcribiendo las historias que había escuchado de mis mayores, así les recordaba y también los paisajes, sonidos y olores del lugar que considero mi tierra. Una de esas historias, la de un árbol que se cae por el corte provocado por una pescadora, tiene una melodía fácil de repetir y a ella recurría cada vez que me pedían que contase algo de mi cultura en el marco de los programas interculturales en los que empecé a colaborar desde los primeros

meses de mi llegada en Mintima. Tanto los niños como los mayores reproducen con facilidad el sonido de la caída de un árbol. «Este era el más grande de los árboles que os podéis imaginar». Solía decirles, queriendo imitar a mi abuela Chinde.

En una semana cultural organizada por un colegio coincidí con el cantante Kuami Mensah. En esos días él estaba trabajando en el disco homenaje a su padre, el músico Beninés Gnonnas Pedro, creador del grupo «Africando», quien acababa de fallecer. Cuando Kwami me escuchó cantar la melodía, me pidió incorporarla a su disco para simbolizar la muerte de su padre como un árbol grande que se hubiera caído. El proyecto me llevó a pasar más de cinco horas en su estudio de grabación, la primera vez en mi vida, con los audífonos puestos como si fuese una cantante. Esa pequeña melodía es el inicio de la canción que titula el disco y aparezco en la portada como artista invitada y con uno de mis nombres, Nanguan ma Nzam. Fue la primera vez que lo vi escrito y pareció como si hubiese designado algo o alguien.

Mi pequeño recorrido contando historias en el marco de programas interculturales le valió a mi amigo Deme para que me propusiera impartir un taller sobre cultura africana en un curso sobre diversidad cultural. Se lo dijo a los responsables del curso sin consultármelo, y menos mal que el objetivo principal del taller era de sensibilización social. La broma le costó una buena factura de teléfono, por una llamada de más de tres horas en la que se empeñó en convencerme para que aceptara el reto y de paso indicarme dónde podría encontrar las lecturas para diseñar los contenidos del taller.

Esas lecturas me llevaron a algunos de los clásicos de la historia y la literatura negroafricanas que no conocía. Empecé a considerarme *cheikh-antaista* sin haber leído más de un par de escritos, a apasionarme con la idea de una identidad cultural en el continente africano; de pronto me vi en el interior de un laberinto, confortable, del que no querría acertar la salida, con las voces de los renombrados escritores, que no eran tan distintas de la de Chinde contándome historias de mis antepasados para que supiese de dónde venía e intuyera quien era.

En el proceso de búsqueda de información para los contenidos del taller me propuse realizar algún trabajo de campo, haciéndome pasar por investigadora, como preguntarle a todo africano sursahariano con el que me encontrase –en la calle, en los medios de transporte público, en encuentros de formación, entre amigos– y se dispusiera a hablar conmigo, sobre las pautas de su cultura étnica. Desde luego, no todos estuvieron de acuerdo con las afirmaciones que empezaba a hacer; primero me miraban sorprendidos, luego esbozaban alguna sonrisa burlona. En una de esas, como si sólo hubiera buscado una ingeniosa excusa para abordarle, fui invitada a comer un suculento *maffe* y a escuchar unos versos recitados en lengua Wolof, diciendo que, lo que quieren las mujeres Dios también lo quiere. No estaba de acuerdo con el poeta, o con el traductor, pero les di la razón en el preciso momento.

Años después recogí en una colección las historias recreadas de mi gente y mi tierra y las encuaderné bajo el título *Ngulsi,* porque se desarrollaban en el mismo espacio y contexto cultural al cual denominé de esa manera. Saqué copias y las repartí entre mis amigos, Eva, Fede y Amparo, los que podían darme alguna opinión sobre cómo llevaba el proceso de escritura, tras varios años practicando entre dudas y censuras por el serpenteado camino que se me presentaba.

Eva dijo que le habían gustado todas las historias. Lo hizo con esa sonrisa suya, con la que ilumina el más oscuro de los espacios y consigue que todo el mundo se sienta especial haga lo que haga. Le había sugerido que hiciera correcciones, las que fueran. Como siempre, cuando se le pide algo que puede afectar su eterna actitud positiva: «Eso lo hará Víctor». Suele decir. A Víctor le gustaron especialmente los microrrelatos que eliminé en la versión que se imprimió.

Fede, el más entendido, porque ejerce casi todas las profesiones relacionadas con el libro, parecía querer cambiarlo todo, empezando por los títulos de las historias, para los que recurro muchas veces a mi lengua étnica y evito el riesgo de plagiar en una lengua, como la que pretendo escribir, en la cual parece estar todo escrito. El momento coincidió con la llegada de su segunda hija y él

quería vivir la experiencia como no pudo hacerlo antes. Entre biberones, pañales y pucheros de la tarde que fui a conocer a la pequeña Olivia, hablamos de los pocos relatos que se había leído. Ese no era momento para cuentos. Me vine diciendo de vuelta a mi casa. Efectivamente ese no fue el momento, vendría después.

Amparo leyó los relatos mientras estaba de vacaciones y desde allí me envió un correo diciendo que a su vuelta quedaríamos para discutir sobre ellos. Quedamos a comer en su casa, consciente como está del chef que es su marido. La sobremesa se centró en *Ngulsi* –los personajes, las historias, la especificidad cultural y social. Amparo no sólo se había leído los relatos, diría que todos, sino que los revivía y comentaba como si los estuviera recomendando. El hecho, además, de que fuera nicaragüense, tierra de grandes contadores y que ella había leído, aumentó mi ego y necesité de varios días para volver a la realidad.

Chris leería la obra ya impresa. Luego de leerla cuatro veces: la primera escuchando la voz de su amiga, la segunda para tratar de ser objetivo, la tercera para conseguir esa objetividad y la cuarta para hacer anotaciones; quedó prendado por el personaje de Buambo, la anciana ciega que se atrevía a salir de casa. Me la recordaría toda vez que dudase en tomar una iniciativa o emprender un camino.

Estos y otros rostros, no caben todos en unas páginas, compañeros de viaje, mensajeros y maestros, son mis *biyaare.* Por ellos ando mirando hacia el firmamento y cuando este se nubla, igual que el transcurso de los días, vuelvo al lugar donde he ido acumulando guiños, palabras, gestos y disfraces.

2. Voces

Voces era el resultado de un taller de canciones. Nos reuníamos para cantar canciones populares en español y en distintas lenguas, según los orígenes de las personas que formábamos el grupo, entre otras actividades, mientras esperábamos que transcurriesen los días hasta el momento de recibir la noticia que marcaría los límites del qué podíamos hacer, a dónde podíamos ir.

El primer día que Madori asistió al taller enseguida le pedimos, el resto del grupo, que cantara algo en su lengua Shosa. Madori empezó a cantar; luego, no pudo terminar la canción porque se puso a llorar. Sería por el recuerdo o la nostalgia. Los demás lloramos también, por la impresión que nos produjo su emotiva e imponente voz, igual que las conocidas voces de sus vecinos de la etnia Zulú.

Y todos nos parecimos a Zoubida, que lloraba en las comidas mientras partía en dos el trozo de carne o pescado que le correspondía; comía bien una parte y tardaba en hacerlo con la otra como si fuera un ritual. Su hijo le acusaba por haber dejado que otras manos le nutriesen y asearan. Ella le respondía, en la letra de su canción en Árabe, *Hemelo,* que su memoria y sus sentidos estaban con él.

Días después fue Rama la que rompió a llorar al escuchar a Beh cantar su canción titulada *Sur la mer,* sobre el mar. Lo hizo después

que le preguntara, en lengua Djiula, dónde compuso la canción y Beh le respondiera literalmente, «ó campó», como llamaban al Centro de Internamiento de Extranjeros donde pasaron los primeros días después de ser rescatados en el mar y antes de ser derivados al Centro de Acogida a Inmigrantes, CeMi, donde nos encontramos. «*El camino está sobre el mar y el tesoro en la otra orilla, pero entre el mar y la orilla ocurren cosas que no se pueden explicar*». Decía Beh en la canción.

Del llanto de estas imponentes mujeres surgió la idea de indagar entre artículos de prensa e informes de las Organizaciones No Gubernamentales. Queríamos saber por qué lloraban. El resultado fue la composición de una historia que titulamos *El Camino,* donde tratamos de mostrar el recorrido de las mujeres sursaharianas en su migración por tierra y mar hacia Europa.

En la versión escénica de *El Camino,* que presentamos en actos sobre migraciones y género, salimos Madori, Rama y yo vestidas con *lapás,* pareos en las cinturas, como es usual en nuestros pueblos, cestas que contienen frutas y frutos secos, ropa y botellas de plástico con agua. Después de la lectura de cada secuencia que hacía yo, Madori entonaba alguna canción cuya letra modelaba las circunstancias del texto. Rama era la encargada de escenificar situaciones del viaje, en el escenario lavaba y tendía la ropa.

El resto de los miembros del grupo, Diak, Nabi, Moussa y Ngozi, también contaban historias de caminos en sus canciones. Entre esas canciones, lejos de las referencias de nuestros pueblos, nos descubríamos con historias y circunstancias comunes. Y entre este cúmulo de momentos transcurrían los días en el CeMi hasta que llegaba el momento de partir, entre abrazos y lágrimas.

El camino

Huyen de las guerras, la violencia, la pobreza, los matrimonios tempranos, los maltratos... Inició el viaje el día que su familia fue asesinada en una emboscada. Salió dejando desaparecidos a cuatro de los seis hijos que había parido y de los que no tenía noticias,

«con la guerra se desintegran poblaciones enteras». Dejó atrás familia e hijo, un país complicado y denso. «Me obligaron a casarme con un hombre mayor; no podía dormir con él, quería un hijo cada año, año tras año y así». Su marido la maltrató hasta la saciedad, enseñaba las marcas en el rostro.

Y recorren el camino, una travesía extrema, de años y kilómetros de distancia, mendigando, buscando quién les dé algo por lo que quiera que tengan u ofrezcan... Los maridos del camino se sirven de ellas y cuando quedan detenidas en un punto ellos se marchan. «En una comisaría ofrecí acostarme con un militar para que no me expulsara; estaba en una celda pequeña con mi bebé y el militar me dijo que me duchase delante de él; se bajó los pantalones; luego llamó a sus compañeros y lo hicieron todos.»

Permanecen sentadas a la espera de las órdenes de la Madame, balanceándose embobadas y apretando contra sus cuerpos envases de plástico, contienen agua caliente para relajarse los espasmos. Habitan en cortijos abandonados y en edificaciones en ruinas. Ella mira a su alrededor, a las paredes, la bombilla lánguida, el ventanuco atrancado en lo alto, el colchón oculto, los vestidos que penden en el techo, la cazuela con verduras cocinadas; es todo, no cabe nada más en ese espacio, ni una gota de aire.

El valor las mueve a arrostrar peligros y calamidades. El coraje las mantiene. No quieren ser vistas como víctimas, hacen lo posible por mantenerse enteras, vivir lo que les toca con dignidad. «Cada cual hace lo que puede para sobrevivir, para avanzar y llegar a su destino». No quieren hablar de su pasado, sólo mirar adelante. Y en el destino, esperan palabras distintas para desovillar la travesía y rescatar el tiempo.

3. Entredichos

La pregunta me puso en un compromiso. Respondí diciendo que no era quién para opinar sobre los planes de vida de otra persona. Pero me quedé con la duda de si no había contribuido a alentar la cuestión, contraria al propósito del documental para el cual me estaban entrevistando, que era el de disuadir la forma en la cual viajaban centenares de jóvenes para buscarse la vida, un futuro mejor, decían, en los países del norte. Tardaría varios años en mi propio entredicho, antes de ratificar mi respuesta.

Alain Nduki se presentó ante el grupo, una veintena de personas que esperábamos un autobús, preguntando si éramos de la organización y a continuación diciendo ser uno de los nuestros. Llamó la atención de las féminas por su atractivo físico y sus maneras elegantes. Me cautivaron especialmente su acento, una mezcla que no sabía identificar, y su forma de hablar; preferí ahorrarme la energía que se liberaba en algunas fantasías.

El grupo interdisciplinar de profesionales, que veníamos de distintos lugares, íbamos a participar en un encuentro convocado con carácter urgente, para discutir sobre la incidencia política que requerían los nuevos acontecimientos acaecidos: decenas de personas, en su mayoría jóvenes entre veinte y treinta años, acababan de perder la vida tratando de llegar a la orilla que Beh había descrito en su canción *Sur la mer, «entre el mar y la orilla ocurren cosas que no se pueden explicar»,* y las voces responsabilizaban de los hechos a los agentes oficiales.

Mientras escuchaba a las compañeras juristas, explicando la situación desde sus raíces y sus ramificaciones, me preguntaba si esas imágenes, mostradas en los grandes medios de comunicación del mundo, las habrían visto también los responsables sociales de los países de donde procedían esos jóvenes, que habían arriesgado lo más importante que tenían por un objetivo de probabilidades, ignorando los límites. ¿Tan mal estaban? ¿Qué era aquello que no contaban? ¿Qué era aquello que no se contaba? En esas estaba cuando Alain Nduki tomó la palabra en medio del grupo, entremezclando el español y el francés con su acento melodioso, el que me tenía cautivada –luego supe que su lengua materna era Lingala, *la langue de l'amour,* como lo llamaban– y dio testimonio del viaje que quisieron realizar los jóvenes muertos, «paisanos», les llamó.

4. SET

Le propuse a Sara que participara en un proyecto de sensibilización social, prestando su imagen para una exposición fotográfica de mujeres inmigrantes y refugiadas. A mí también me lo habían propuesto. Y eso permitió nuestro encuentro más allá del día a día en el centro. Para entonces, una pequeña cartulina de papel me había permitido trabajar en el servicio de dinamización sociocultural del CeMi.

En el centro Sara era una mujer tranquila, sonriente y atenta con las decenas de personas, venidas de muchas partes del mundo, a las que daba de comer. Decíamos de ella que era el extremo de la permisividad en un trabajo que requería normas y disciplina. Sería porque, en las miradas que se cruzaban, en el roce con las manos que le recibían el plato, en los labios que le daban las gracias, recordaba su propia historia.

«También pinto». Me dijo mientras le explicaba el proyecto. Luego de mostrar mi sorpresa, proyecté una exposición de sus pinturas en algún espacio cultural de la localidad y dentro de las actividades para conmemorar el Día Mundial del Refugiado. No hice caso de sus intenciones por disuadirme y quedamos en que pasaría por su casa, donde tenía el estudio.

Desde la puerta, siguiendo el pasillo hasta el salón, en las paredes... rostros, paisajes, artilugios de todo tipo, parecían saludarme

como si hubiese llegado en un pueblo Amhara. Las *set* llamaron mi atención desde sus rincones, como cabañas, por sus esbeltas figuras y elegantes túnicas, y sus miradas tristes rompiendo la armonía del entorno. Se apuntaron a la merienda con *injera* y a la conversación a través de su creadora.

Transcribí esa conversación (o parte de la misma, no resulta fácil recoger tantas palabras, miradas y gestos) para que sirviera a la presentación de la exposición y de la excelente pintora que resultó ser Sara y muchos descubrimos, junto con algunos de sus fantasmas –Hahu, Mushirit, Shuruba, Ensra, Gobni, Menguedeña, Beti.

Hahu muestra a un grupo de niñas en una escuela. Es la enseñanza del alfabeto Amárico. Se empieza a estudiar desde los tres años hasta que se aprende las setenta y ocho letras que contiene. «Es la única escuela a la que acceden muchas mujeres en los pueblos». Dijo la creadora. Luego, a partir de los siete años, comienzan a llevar las cargas –el agua, los alimentos, los hermanos, los hijos.

Shuruba muestra el abrazo de dos jóvenes, como si sólo tuvieran ese instante para amarse. Las mujeres podían encontrar el amor en las fiestas del pueblo –*Y´adowa, Mulud*– en los pozos de agua o en las calles. Pero el sentimiento se consumaba en el momento y lugar. «Los conflictos entre las familias, los pueblos y las religiones construyen muros difíciles de traspasar». Dijo la creadora. Y aún si lo intentan y escapan, no era fácil el reencuentro.

Sin recursos para conseguir su autonomía personal, ni siquiera eligen al hombre con el pasaran el resto de sus días y apenas tienen treguas. *Mushirit* se muestra tres días después de casarse yendo a por agua junto a un grupo de amigas. Pero a pesar de sus vidas cargadas, *de ensras,* frágiles e inciertas, Sara dijo que tenían motivos para alegrarse: la visita de la madre y las hermanas, el encuentro con las amigas, la visita al pueblo.

Menguedeña viaja solitaria, no sabe a dónde va, sólo lleva esperanzas. Le contaron y escuchó de un conocido y de un desconocido que en otro lugar, otro pueblo, podría encontrar un destino distinto.

Beti es una joven de pelo ondulado y mirada inquieta. Su cabaña es la última, como si fuera el último peldaño de una larga escalera. Sabe que es ilusión, debe ser distinta de las otras *set* del pueblo y eso parece inquietarla.

Junto a la voz que prestaba a sus criaturas, igual que hiciera con el lienzo, Sara habló de su propia vida, de sus hijos, su viaje, su fe. Dejó a sus tres hijos y viajó como *Menguedeña.* «Beti tenía quince años, temía por ella», dijo. Y buscó respuestas en su fe, «lámpara es a mis pies tu palabra y luz en mi camino» y gritó el nombre escrito en sus libros durante sus paseos solitarios por la playa que bañaba la ciudad donde vive.

El río, la fortaleza y las luces de la ciudad, que también ha recreado en sus cuadros, representan la cercanía del agua, sus paseos por lugares hermosos y artísticos, y el sonido de la pólvora convertido en alegría y goce. «Ahora estoy bien». Dijo sonriente, mirando detrás de sus lentes. Sus hijos estudiaban y trabajaban. «Beti vive el amor». Añadió. Y ella había aprendido a disfrutar de su tiempo libre pintando y mirando el arte de la ciudad.

5. Destellos de un personaje

No era una de mis estrellas, cuyos guiños podía reconocer. Por eso tardé en percibir sus destellos, en enlazar las señales que estaba recibiendo.

En una página de información de la diáspora africana, informaban la candidatura de una mujer a un alto puesto de la administración pública de su país. Se trataba de una mujer recién entrada en los cuarenta años, no estaba casada ni tenía hijos, resaltaba el artículo. El escritor resaltaba también la falta de complejos de la mujer y anhelaba, al final del artículo, la misma actitud en sus «hermanas». Sus compatriotas femeninas, entendí, lo cual me incluía a mí. Me hizo gracia ese sentimiento de orfandad, a la vez que me pareció un tanto hipócrita.

Días después de leer el artículo, llegaba al CeMi y encontré a David esperándome en la puerta con su ordenador portátil en las manos. «Quiero enseñarte algo». Me dijo. En el interior del despachito, colocó el ordenador en un rincón del escritorio y con una expresión orgullosa me mostró el rostro de una mujer en la pequeña pantalla. La misma mujer del artículo, aunque en la foto insertada en él estaba de perfil y en la pantalla estaba de frente. «Es de mi país». Dijo David orgulloso y me contó el resto de la historia que ya conocía. Pasamos la tarde, más de la mitad de mi jornada laboral, navegando por páginas que hablaban de ella, mos-

traban su imagen, transcribían sus discursos y entrevistas o las reproducían digitalizadas.

La escena de esa tarde se repetiría a lo largo de las semanas de otoño que precedieron a la fecha de las elecciones a las que se presentaba la mujer. David mantenía su expresión orgullosa, mirando las puestas en escena, la facilidad y holgura con las que su compatriota respondía a los periodistas en todos los idiomas de su país. Sin embargo, decía que no la iba a votar y sus argumentos no iban más allá de sus prejuicios por el sólo y simple hecho de que fuera mujer.

En una de esas entrevistas en las que le preguntaban sobre su programa electoral -los aspectos sociales, económicos y políticos que pretendía cambiar- y que ella explicaba con claridad (y yo entendía con dificultad, por los idiomas en los que hablaba, distintos del mío), me pareció que proponía «una organización de los mercados». Y tuve la impresión de que el periodista que moderaba la rueda de prensa –con imágenes editadas y tomadas en distintos planos– esbozaba una sonrisa burlona, como si la propuesta no correspondiera con la tipología habitual en esos contextos. La señora no se refería a esos espacios imaginarios de ofertas y demandas de productos entre países o gobiernos, hablaba de los mercados de las ciudades, de los barrios, de las plazas, allí donde las familias ofertan y demandan, entre otros, los alimentos de los que se nutren.

Y pensé que sólo una mujer(en nuestras sociedades son las que van todos los días a los mercados para comprar la comida de sus hogares, y muchas veces la encuentran tendida en el suelo, al lado de charcos de agua sucia y montones de basura que atraen rebaños de moscas, que luego se posan encima de los alimentos y dejan invisibles pero perjudiciales desechos), podía entender la relación entre la situación de esos mercados a los que ella se refería con la salud de la población que se nutría de ellos y plantearlo como una cuestión política.

6. El encuentro

Así llamé al momento en que conocí a Carlos Ragaver, porque, me dije al final, era alguien con quien debía encontrarme. Fue en un curso al que asistimos profesionales de distintos sectores para adquirir conocimientos y herramientas para ser educadores o mejorar los que ya utilizábamos. Carlos Ragaver apenas había cumplido treinta años y ya impartía clases en las facultades de enfermería y medicina; sus conversaciones versaban sobre cuidados médicos, colaboraciones en revistas científicas, filosofía de la ciencia; que junto con su atractivo físico y sus modales le convirtieron en la persona más carismática del grupo.

Lo que más me llamó la atención de Carlos –aparte lo anterior– era que hablase también del azar, incongruente a veces con lo científico, del animismo, argumentado con citas bibliográficas, y que reconociera la utilidad de la medicina tradicional, sobre todo en los países que todavía la practicaban. Sería por todo eso que quise colaborar con él en un trabajo que debíamos exponer durante las clases y acabamos titulando «Integración Sociosanitaria: Medicina moderna/Medicina tradicional».

El trabajo consistía en un cineforum sobre el tema que el grupo eligiera, de entre tres y cuatro personas, dijo la profesora. En nuestro grupo coincidimos un profesional sanitario, que era Carlos, dos profesionales de la integración social, que éramos Estela y yo, y una profesional del turismo, Arantza. La influencia de nuestras

profesiones y culturas –en mi caso– y la decisión de aprender algo los unos de los otros, nos llevó a decidir sobre el tema. Para apoyarlo Carlos propuso el video-documental, «No llores mujer». Acababa de verlo por televisión y le pareció adecuado. El hecho de que fuera un tema de género también favoreció su elección.

El video-documental expone la situación de la atención sociosanitaria de las mujeres embarazadas: los recursos sanitarios a los que pueden acceder según su situación económica y la parte del mundo en el que vivan. Las protagonistas del documental eran de Tanzania, Bangladesh, Guatemala e incluso de los mismos Estados Unidos, donde las mujeres que no podían pagarse un seguro médico pasaban las mismas penurias.

Las mujeres de las zonas rurales de Tanzania tenían que recorrer grandes distancias para ser atendidas en los centros de salud más próximos. En esos centros, en general, escaseaban recursos; los casos de gravedad se remitían a los centros de las ciudades, debiendo sufragar ellas mismas los gastos de transporte, estancia en el hospital, tratamientos y recetas. Y muchas de ellas no estaban informadas ni de los procesos ni de los costes. Los técnicos entrevistados en el documental las acusaban: «No quieren ir al hospital, prefieren a sus parteras». Aludiendo sólo al factor cultural y no a las dificultades que ellas encontraban en el hospital: distancias, altos costes, un trato poco cercano de los profesionales.

En su exposición Carlos habló de las ventajas y los inconvenientes de ambas formas de practicar la medicina, tradicional / moderna. Dijo que esta última era más experimental y objetiva en sus procesos y remedios y que ya tenía respuestas para la mayoría de los problemas de salud. Pero como veíamos en el documental, no siempre estaba disponible o al alcance de la mayoría de la población en los países en vías de desarrollo. Los datos de la Organización Mundial de la Salud, en los que basó su exposición, mostraron que un buen porcentaje de las poblaciones de estos países todavía dependía de la medicina tradicional. Esta, a pesar de sus inconvenientes –variedad de métodos basados en experiencias y observaciones subjetivas– era más cercana, menos costosa y en algunos casos, como brotes de cólera o epidemias locales, había demostrado ser más eficiente.

De entre las propuestas que hizo Carlos, señaló la necesidad de colaboración entre los profesionales de ambas medicinas. «Ya se está dando en muchos países». Dijo. Y me sirvió de vía de escape a una de las cuestiones que me planteaba constantemente, sobre los conocimientos en plantas medicinales y enfermedades locales de nuestros curanderos y parteras.

7. Princesa de Malí

Así la llamábamos algunos amigos, después que nos contara sus viajes a ese país y percibiéramos el profundo amor que sentía por él y su gente. En otra vida habría nacido allí o lo haría, decía. Estudiaba sus culturas, su economía, organizaba seminarios y escribía sobre él, tratando de mostrar una imagen distinta de la que habitualmente difundían los medios de comunicación del mundo occidental sobre las sociedades africanas sursaharianas.

«Mis malienses». Solía decir. En esos momentos me parecía la reencarnación, con otras formas, del mismo Sundjata Keita. Me sorprendía (y me sigue sorprendiendo cada vez que la escucho o leo sus escritos) esa pasión y entrega por un espacio y gente que, en principio, nada tenían que ver con ella. Sus relatos me trasladaban a esos lugares que ella describía, al encuentro con esa gente que yo desconocía, a pesar de mi supuesta o intencionada proximidad. Escribía: «En el puente del Rey Fahd, uno de los tres puentes que cuelgan sobre el río Níger, el *Djoliba,* como lo llaman en lengua Bambara, la vida del presente no espera, como las aguas que le bañan, cubra el polvo naciente o amanezca despejado». Era tal la conexión que tenía con ese país que le llegaban con semanas de antelación, las noticias que sobre él escribirían los medias semanas después. Mensajes de antepasados, de alguna casta de *griots* a la que perteneció o pertenecería en su otra vida.

Un día, sorprendiendo a propios y extraños, decidió viajar de nuevo, y por enésima vez, a Bamako. Iba a vivir en casa de una

familia que no conocía, alquilando una habitación, y colaboraría en un medio de comunicación local. Ocurre a veces que aunque tengamos claros los propósitos el azar nos acecha, tal vez para que se los ratifiquemos una y otra vez; será su manera de prevenirnos de las eventualidades. El vuelo que la princesa comprara con tres meses de antelación se canceló una semana antes del viaje y sin opciones de otros vuelos, el reembolso no se haría efectivo hasta varios meses después. Comprar un vuelo con fecha inmediata le costaba casi el doble. Y no le sobraba el dinero porque fuera princesa, iba ajustada para los seis meses iniciales que pretendía pasar en Bamako.

Desde Bamako, a principios de un mes de febrero, nos contaba que: «Bamako no se detiene... a las 4:00h de la madrugada el *muecín* ya está llamando a la oración y la capital de Malí comienza a movilizarse... Si pretendes coger un *sotrama* –mini-buses– pasadas las siete: ¡olvídate! Todos van llenos y debes esperar un buen rato al borde de la carretera hasta que por fin te dejan subir. Para entonces, encontrarte en mitad de un embotellamiento es ya un hecho inevitable, y llegar tarde también.»

Semanas después informaba a los medios de comunicación de occidente –los que contactaron con ella– de las rebeliones de los militares y de los insurgentes, del embargo de la CEDEAO y sus posibles consecuencias en la población, de la ambigüedad de los países europeos, de la incertidumbre de la gente, «Bamako se encontraba la mañana del viernes casi desierta...». Pero muchas de esas noticias no interesaban, le dijeron los medios, porque no hablaba de terrorismo ni de la decapitación de las mujeres que no llevaban el *yihad.*

8. La factura

Le observaba desde el auditorio de un seminario sobre la imagen de la inmigración en los medios de comunicación, y se iba convirtiendo en candidato para las infinitas preguntas que me rondaban por esas fechas, mientras organizaba el taller sobre las pautas culturales en África Sursahariana. Su reseña en el programa decía que era de un país del oeste africano, trabajaba en una consultoría social y estaba cursando un máster en cooperación al desarrollo. En su presentación, la moderadora añadió que Fallou Cissé llevaba poco tiempo en la ciudad.

En la comida coincidimos sentados en la misma mesa y en sillas contiguas, y tuve el momento esperado para preguntar y aportar algo a mi trabajo. Pero él no creía que se pudiera hablar de pautas culturales comunes en el continente africano y menos de una identidad cultural. No era por tanto un *cheikh-antaísta* por muy compatriotas que fueran. Más escuchó mis opiniones y quedamos en llamarnos o escribirnos por correo electronico.

Meses después nos encontramos en casa de un amigo, en una cena en la que todos y cada uno de los invitados encarnábamos las identidades señaladas, en la sociología del lugar donde nos encontrábamos, entre los grupos de exclusión social-discapacidades físicas, etnias, género, orientaciones sexuales, hábitos y procesos de vida. Y junto con los exquisitos platos y vinos, la problemática social también estuvo servida. Volví a sacar el tema de la identidad

cultural africana, ya había avanzado en mis lecturas, y comenté, sólo fue un comentario, la necesidad de que ciertos temas en relación con el continente los pudiéramos abordar de forma conjunta en la diáspora, al margen de criterios étnicos, religiosos o nacionales como era habitual. Al final de la cena Fallou y yo quedamos, de nuevo, en llamarnos o escribirnos como no hicimos antes.

Semanas después me llamó. Había comentado con un amigo la idea de crear una asociación de estudios africanos y pensó en mí como una de las personas con las que podían contar. «¿Qué te parece?» Me preguntó. Nos reímos, reconociendo ambos el precedente de la pregunta. Divagábamos sobre un encuentro previo al del grupo para determinar un orden del día cuando propuso: «¿Te importaría si cenamos en mi casa?» Al rato, fue en una fracción de segundos, mi imaginación empezó a vagar por infinitos espacios buscando constelaciones libres.

En nuestros encuentros me había parecido un hombre atractivo; era alto y delgado, con la piel aceitunada que nos habría valido el nombre a la raza. En esa misma fracción de segundos pensé en los míos y en los suyos, en las etnias, las castas, las religiones de las que había hablado la pintora Sara; en el qué dirían los unos y los otros; que unos llamarían con algún nombre despectivo, *les ñac* –gente del bosque, descendientes de pigmeos y bosquimanos–; que otros dirían, *bur bo bitumbo* –gente del mundo, todo aquél cuyas facciones se desvían de las locales, sinónimo de aquello que desconocen–; pensé también en una hipotética *toguna* o consejo de los ancianos de la comunidad, tratando de evitar una cruzada de las normas tácitas escritas en nuestros guiones personales. De vuelta a la realidad, con la línea telefónica todavía abierta, anoté el día y la dirección de la casa. Estaría allí a las ocho, le dije. «Yo estaré disponible a partir de las seis.» Añadió él.

La noche de la cena coincidió con una noche de fiesta en la ciudad. Las personas habían tomado las calles y los coches pasaban en procesión por las circunvalaciones, una imagen insólita en otros días. Media hora antes de la prevista para la cena, todavía trataba de llegar a mi casa, en medio del gentío, para ducharme y cambiarme de ropa, después de una tarde de caminata por la ciudad.

Tampoco había comprado la bebida que iba a llevar. Llamé para retrasar la hora. «¿Qué tal?». Pregunté, imaginando el ajetreo habitual en esas ocasiones, de cocinar y disponer la mesa.

Llegué a las nueve bromeando sobre nuestra concepción del tiempo de la que se hacía eco el mundo. Parado en la puerta para recibirme, con una sonrisa en la que no me había fijado y extendiendo los brazos, pareció como si nos conociéramos de siempre. Me hizo pasar al salón, puso la bebida encima de la mesa, todavía no estaba puesta, entró en un cuarto y salió poniéndose el abrigo. Íbamos a comprar.

Me repuse rápidamente de la sorpresa. Mi memoria trajo enseguida imágenes de antaño y el significado de sus palabras cuando al proponer la cena y después de acordar la hora dijo: «Estaré disponible a partir de las seis».

Pasadas las nueve, en una noche de fiesta en la ciudad, salíamos a buscar un supermercado donde comprar los ingredientes de la cena. El que le indicaron estaba cerrado. Sugirió entonces que cenáramos en algún restaurante. Pero, veinte minutos después de la sorpresa ya había tomado posición: las calles eran senderos, las luces, lámparas, y los cláxones de los coches, ecos de tambores y voces de lechuzas. Cerca había otro supermercado, allí acababa de comprar la bebida, y cerraban tarde.

En el supermercado me preguntó qué íbamos a cenar y qué debía coger, e iba metiendo en la cesta los productos que le señalaba. En la caja no permitió que pagáramos por mitades, como era costumbre en la cultura del lugar donde nos encontrábamos. Pagó él.

De nuevo en su piso y en la cocina, me indicó dónde estaban los utensilios y pidió que le dijera qué tenía él que hacer. «No quiero perder la costumbre de dejarle a la mujer sus dominios». Dijo después, cuando le señalé lo anecdótico de ese incidente. Me puse el delantal como si me pusiera el *bubú,* y mientras él lavaba las verduras para la ensalada, yo rehogaba el pollo en cebolla, limón y jengibre.

En la larga velada dimos la vuelta por el continente negro, recorriendo sus pueblos, tradiciones y contradicciones. Una conversa-

ción habitual en las personas que vivíamos la diáspora. Fallou sabía escuchar, aunque cierto esfuerzo en sus maneras delatara su adaptación. Entre tanto, me preguntaba si este hombre, con sus más de cuarenta años pasados en su medio cultural, podría asimilar algunos de los aspectos del feminismo occidental que yo pretendía exportar.

De vuelta a mi piso, desde el taxi le mandé un mensaje dándole las gracias por la cena y la excelente conversación. Más por lo último que lo primero. Y respondió diciendo que esperaba muchas cenas más. Entonces me propuse, que cuando me tocase a mí la invitación a cenar –y por tanto iría a comprar, prepararía la comida y pondría la mesa– el mensaje que le mandaría sería un archivo con líneas de cantidades e importes. Ya puestos, yo tampoco quería perder la costumbre de dejarle a un hombre sus dominios.

9. IMAGINARIO

La discusión empezó porque había utilizado la palabra *tribu* en un relato. En el momento de leerlo me señaló las connotaciones negativas que tenía, las razones por las cuales ya no se debería utilizar. No era ajena a tal discusión, sobre la utilización del concepto en las sociedades africanas, lo había leído en un artículo firmado por varios intelectuales del continente; tampoco me estaba poniendo al margen de su opinión, fundamentada en estudios y un profundo conocimiento de sus sociedades.

Pero el concepto seguía siendo usual en Bara para traducir al castellano el de *ayong*–en lengua Pong–, y su significado y contextualización coincidía con el grueso de sus acepciones en el diccionario de la RAE: «...cada una de las agrupaciones en que algunos pueblos estaban divididos; grupo social primitivo de un mismo origen, real o supuesto, cuyos miembros suelen tener en común usos y costumbres...». Esa segmentación existía en el interior de nuestras etnias, en la Bisio y en la Pong, las que más conocía, y servía, entre otras, como límite de la exogamia. Tal vez fuera lo de «primitivo» lo que se prestaba a la discusión.

Sólo por decir algo al respecto, y no como autodefensa, le dije a mi amiga que había otros conceptos –de entre los que se referían a las sociedades y culturas africanas– que requerían de mayor discusión que el aludido, porque no tenían ninguna relación con el contexto sino que, «eran fruto del derecho a nombrar que se

arrogaron unos», como dijera un profesor. Y puse algunos ejemplos de entre los más comunes.

Ese pareció ser el momento que cambio lo que hasta entonces seguía siendo una conversación, aunque con flecos, y surgió el tema del imaginario de las sociedades africanas por los occidentales, acompañado de su pesada carga emotiva: «El que había provocado el drama que todavía sufría tanta gente... El que estaba en los despachos de las organizaciones internaciones, donde se tomaban decisiones relacionadas con el continente sin la consideración de su gente... El que formaba parte de un plan estructurado...». Faty hablaba con el ímpetu y la seguridad con las que podía hacerlo alguien como ella, que trabajaba para cambiar ese imaginario con sus diversos proyectos y colaboraciones con los más prestigiosos grupos africanistas.

Sin embargo, me pareció exagerado el carril que había tomado la conversación. Adopté una actitud de escucha, como hacía siempre que ella hablaba, por la admiración y el respeto que sentía por ella, por sus conocimientos y los viajes que había realizado a varios países del continente africano. Ella juzgó esa actitud de «relativista», como si le diera poca importancia a la problemática que me estaba señalando. Mantuve mi actitud a pesar de sus juicios. «Tu praxis me lo confirma», dijo. Admiraba también su exquisito léxico y su fluidez verbal. «Si esa lucha no es tuya...». Añadió. Esto último me alteró, y tanto la falta de argumentos para rebatirla como el atolladero al que habíamos llegado, me llevaron a recordarle que, entre las dos la africana era yo. En el mismo instante que terminé de decir esto último, supe que a partir de esa noche nuestra amistad se conjugaría en pretérito, porque ninguna de las dos toleraría esa actitud xenófoba.

Habíamos sido víctimas de la historia, del recuerdo que como azotes pegaba y pegaba instalando el dolor en las entrañas, de los fantasmas que seguían pululando, buscando resquicios por donde asomarse.

10. Dispersión

La ponencia de Djibril Sarr fue la más ovacionada de las jornadas, a pesar del cansancio que se le notaba en las profundas ojeras y en la palidez de su rostro; había empezado a viajar la noche anterior, más de doce horas haciendo escalas en distintos aeropuertos, para participar desde la primera hora en las jornadas sobre la cooperación al desarrollo y sus formas.

El suyo me pareció un discurso distinto de los que se ideaban en los grandes despachos, pretendiendo solucionar problemas situados a miles de kilómetros y de otras formas de convivencia social. Djibril Sarr habló de la tipología de proyectos que se habían beneficiado de los microcréditos concedidos por su organización a un colectivo de mujeres. Entre ellos mencionó la confección de ropa, las mujeres compraban máquinas de coser y montaban pequeños talleres; la compra-venta de productos, para lo que necesitaban desplazarse a las ciudades; puestos de comida preparada, las mujeres preparaban la comida en sus casas y podían venderla delante de sus puertas, y otros tantos mini-proyectos.

A Djibril Sarr se le notó también la emoción desde el estrado, hablando de los niños que pasaban los días mendigando en las calles, vulnerables ante la vanidad y crueldad de sus mayores –familia, comunidad, sociedad–; de esos otros que no podían ir a la escuela porque sus padres no podían pagársela; de las madres que hacían de todo para escolarizar a sus hijos; de los jóvenes, hombres y mujeres sin dote.

Influenciada por esa emoción y desde la visión, un tanto romántica, que en la diáspora tenemos de nuestros países de origen –de ahí nos vendrá el nombre, de dispersión– en el turno de preguntas le pregunté a Djibril Sarr sobre la responsabilidad de los gobiernos respecto de la problemática que había expuesto y si el dinero con el que se financiaban esos proyectos, procedente de occidente, no aumentaba la deuda externa de los países de destino.

Djibril Sarr cambió en cuestión de segundos sus modales, hasta entonces tranquilos, por cierta elevación en su tono de voz y una mirada desdeñosa. «Esos niños, jóvenes y mujeres quieren resolver sus problemas inmediatos, los cuales no pueden esperar a la toma de conciencia de los gobiernos sobre sus deberes o a cuestionarse la acumulación o no de la deuda externa de sus países, esas cuestiones son secundarias para ellos». Respondió. Y como me suele pasar en muchas otras ocasiones, me vi agachando la cabeza.

11. Macana

Me propusieron que leyera el texto de un filósofo camerunés como introducción, en un concierto solidario para impulsar proyectos de escolarización de niños y la construcción de casas para sus familias en un pueblo de Rwanda. El concierto se iba a realizar en uno de los palacios más importantes de la ciudad occidental donde vivía. Me pidieron también si podría vestirme con un traje africano (el mayor de los símbolos con los que el continente quedaba representado por cualquiera de nosotros, aunque lo hubiéramos sacado del fondo del armario o de alguna maleta). ¡Qué honor! Me dije primero. ¡Qué responsabilidad! Pensé después.

Pero en el texto que me presentaron encontré una serie de ideas con las que no casaba, por lo menos desde hacía tiempo; aquellas en las que teníamos que recordar que fuimos esclavos, tratados como animales, negados a creer en nuestros dioses, colonizados, y el largo etcétera de culpas que tenían los demás en nuestra historia. El autor acababa invitando al continente a levantarse, como sacado de los textos de Fanon o Senghor, muchos años después. Yo tendría que leer el texto, con forma de poema, en un auditorio donde no habría más de cinco personas de origen africano entre los centenares que se preveía que asistirían al evento.

Repasé muchas veces el texto, tachando incluso algunos versos, aquellos que me parecieron más duros. Algo en mí se negaba a leer ese texto en público. Sería la voz de Chimamanda Adichie en

«*The danger of a single story*», a la que añadía mis propias reflexiones diciendo que el peligro no estaba tanto en lo que se dijera de nosotros, sino en la asunción que hiciéramos de ello; y me venía a la mente la palabra «corresponsabilidad» que había encontrado en muchos textos escritos por escritores contemporáneos del continente.

Me hacía ilusión formar parte de la escenografía del evento. El mío sería el primer acto. Saldría en medio de ese potente escenario, con mi traje de estampados azules de tres piezas; leería el poema acompañada por un violín; luego vendrían las fotos, las reseñas en la prensa... Sin embargo, seguían mis reticencias con el texto. Se lo dije al miembro de la asociación con quien estaba en contacto y resolvimos que les propusiera otro texto, uno propio si pudiera. Faltaba tan solo una semana para el evento cuando me puse a escribirlo.

Empecé buscando el pueblo en los medios, para situarlo en el mapa; vi que podría llegar hasta él, partiendo de Camerún, por un sendero hacia el este, cruzando bosques, ríos, montañas y lagos de tierras bantús. Busqué historias de la gente y del lugar; contaban lo mismo: carencias, conflictos convertidos a veces en espectáculo, supuestas hazañas de unos pocos convertidas en la historia de todos, los rostros de la pobreza; poco decían de si esa gente tendría algo más que ofrecer que no fuera fatalidad.

En el entretanto, de página en página, me decía que al filósofo no le faltaban razones ni los medios se habrían inventado sus noticias; me preguntaba, por qué un pueblo querría elegir semejante destino. Y pensando en el auditorio al que iba a dirigirme, seguía preguntándome si los pueblos serían capaces de dejar de lado las connotaciones y recuperar aquello que les era propio y común, defender los valores de solidaridad, hospitalidad, colaboración, cooperación, entre los unos y los otros.

Con estas preguntas compuse mi texto. No pretendía acusar a nadie ni representar causa alguna. En parte Faty tenía razón. Sólo quería ser una voz que pronunciara palabras de agradecimiento a un público solidario y alentara los valores de los pueblos. Eran palabras, como podrían ser las notas de un violín. Pero no eran las palabras que la asociación quería ofrecer al auditorio, no eran las palabras que se querían escuchar.

12. LOAS

Una lluvia de granizo caía sobre la ciudad cubriendo todos sus elementos. El viento soplaba en todas las direcciones como si no supiera hacia dónde dirigirse o estuviera buscando algún objeto sobre el cual cumplir un mandato. Me había empujado en el trayecto, mientras acudía a la cita e iba pensando en el trabajo que me quedaba por hacer, en el reto que estaba asumiendo y las joyas que iba encontrando en el proceso de búsqueda de referencias sobre el evento al cual quería participar en esos días.

Animan me había invitado a un congreso de literatura que se iba a celebrar en un país de los llamados del norte. Era uno de los organizadores del evento y me podía conseguir un espacio de participación, como moderadora de alguna de las mesas, me había puesto como ejemplo, y favorecer así mi búsqueda de un editor que leyera mis escritos, de entre los tantos que asistirían al evento. Le dije a Animan que haría lo que pudiese por ir, que casi siempre intentaba hacer las cosas por difíciles que estas parecieran, le dije también para mostrarle mi interés.

Pocos días después de nuestra conversación, Animan me mandaba el enlace al borrador del programa del congreso y vi mi nombre escrito en él como ponente, compartiendo mesa con una profesora universitaria y escritora a la vez; hablaríamos de las voces literarias femeninas de nuestros respectivos países. Por un momento dejé de confiar en la simpatía de Animan, ponerme junto a alguien con

semejante bagaje académico era poco menos que exponerme a hacer el ridículo; luego convertí la idea en un reto que me podría servir para aprender sobre mí misma.

Contrariamente a otros viajes, en este no me sentía impulsada por una de esas fuerzas que rigen mi vida, que a veces me indican que debo estar en un lugar, aunque no me dicen para qué, por mucho que pregunte. La respuesta me suele llegar después, como en pequeñas gotas de un líquido que va cayendo en un recipiente; en una sucesión de detalles; en imágenes reales, sonadas o recreadas que no son fáciles de relacionar. En una de esas conocí a Animan.

Animan y yo nos escribíamos con asiduidad, las nuevas tecnologías nos permitían acortar los mares que nos separaban y en esas notas hasta manteníamos alguna que otra discusión, como la que concernía a la recuperación de nuestros nombres como factor de identidad. Anoté sus palabras: «Esos nombres tienen su propia alma, nuestra alma espiritual... andan por su propio caudal, el caudal ancestral... no pertenecen ni al colonizador ni al patriarcado». El suyo significaba, «el que viene después de los gemelos», en lengua Agni, descendiente de los Ashantis.

Empecé a prepararme, a buscar información sobre las escritoras de mi país; conseguí una lista con ocho nombres: Raquel Llombé, María Nsue, Trinidad Morgadez, Caridad Riloha, Remei Sipi, Guillermina Mekuy, Paloma Loribo, Victoria Evita; trataría de encontrar aquellas características que compartían y las que les diferenciaban, sobre los géneros literarios en los que escribían y los temas que abordaban. Di con pocos ensayos sobre la literatura escrita por las mujeres de mi país, la existente venía de dos plumas principalmente, entre ellas la del escritor y compatriota nuestro Ndong Bidyogo.

Cuestionaba la utilidad de los congresos, esos espacios donde, en tan poco tiempo, se condensaba tanto conocimiento; sentía no haber aprovechado los pocos a los que había asistido, tal vez por no haber sabido marcarme unos objetivos, tener claro las mesas en las que quería participar y hacer un «céteris paribus» con el resto. Formaba parte de ese mayoritario grupo de personas que querían estar en todos y cada uno de los actos, dentro de la enorme cantidad que incluía el formato de comunicación.

Mi amigo Mike, con quien suelo compartir ese tipo de inquietudes, entre otras razones porque es profesor, me sugirió que revisara cada uno de los más de setenta actos programados, buscase referencias de cada mesa, ponencia y ponente antes de hacer la selección. Tardé casi una semana en lo que me pareció otra forma de viajar a algún espacio, al centro de la literatura negra, en sus continentes, países, épocas, y de encontrarme con otras escritoras como Flora Nwapa, Buchi Emecheta, Mariama Bâ, Sonia Sanchez, Zora Neale Hurston.

Pero antes de cualquier preparación, escribir mi ponencia o marcar las mesas en las que participaría, debía informarme de los requisitos que tenía que cumplir para viajar al país del norte. Yo pertenecía al colectivo de personas que no podía viajar a donde quisiera; que para viajar a cualquier otro país que no fueran los nuestros, debíamos explicar a qué íbamos, justificar los medios con los que contábamos para costear nuestros gastos, conocer los cuatro puntos cardinales del país al que queríamos viajar y dejar escrito, de antemano, si pretendíamos ir a delinquir o no en todas sus formas.

Pedí la cita en la oficina de la representación diplomática del país del norte, rellené los formularios, varias páginas de preguntas. Manifesté por escrito que no pretendía ir a delinquir. Y pagué el importe de la autorización del viaje.

El día de la cita llevé los documentos requeridos, bien ordenados y aseados –de la única forma que trataba de defender la poca dignidad que me quedaba cada vez que tenía que presentar ese tipo de solicitudes. Llegué a la oficina diplomática media hora antes de la citada. El tiempo seguía inclemente, lluvia de granizo, y el viento soplando en todas las direcciones como si no supiera hacia dónde dirigirse o estuviera buscando algún objeto sobre el cual cumplir un mandato. En la puerta nos recibía una agente de seguridad y nos mandaba formar una fila en la intemperie de la acera.

En el momento que me tocaba, y que ella debía revisar mi documentación e indicarme lo que tenía que hacer, la agente me dejó un buen rato, pendiente, para hablar con otros recién llegados. Y

por si el hecho de esperar en esas circunstancias no fuera suficientemente indignante, no pude evitar remarcar que los recién llegados eran gente distinta y tal vez distinguida. Empecé a sentirme maltratada, y debí profesar impropios. En el momento que la agente quiso ver los papeles que portaba y yo abrí la carpeta para mostrárselos, el viento pasó repentino junto a mí, haciéndolos volar y caerse al suelo mojado. Al recogerlos llevaban escrita la respuesta que me darían horas después.

13. Las maletas

Me fijé en ella cuando entró en el autobús, por sus facciones sahelianas, igual que el niño que le acompañaba. La sonreí, un tanto aliviada de la sensación de sentirme distinta en el entorno y de encontrar a alguien con quien compartiera alguna identidad. El autobús nos llevaba a la ciudad desde el aeropuerto. Viajaba al país de Pirandelo para participar en un seminario sobre diásporas y retornos entre África y América, y sería entrevistada por un grupo de futuras profesoras de español. Respondería a preguntas sobre mi experiencia en la Mediación Social Intercultural en el ámbito de las migraciones.

Una de esas preguntas, que me enviaron con antelación, decía: «¿Qué significado adquiere el concepto de Mediación Social Intercultural si lo aplicamos no a los fenómenos migratorios hacia Europa, sino a la convivencia entre las distintas etnias en los países africanos?» La pregunta me causó un gran impacto al leerla y no dejaba de darle vueltas a ese cambio de ámbito pero con necesidades parecidas: la comunicación y comprensión mutua, el reconocimiento del otro, el aprendizaje y el desarrollo de la convivencia. Pensaba que algunos de nuestros conflictos, llamados étnicos (si es que tal diferencia era realmente significativa o sólo formaba parte de la exacerbación que hacíamos tanto de lo étnico como de lo cultural en las relaciones personales y sociales), tenían que ver con el desconocimiento de los valores, costumbres y pautas entre los grupos.

Sería por la impresión que me seguía produciendo la pregunta y viéndome tan cerca de afrontarla, que cuando llegamos a la ciudad, bajamos del autobús y cada cual fue a por su equipaje, no me fijé en la maleta que estaba cogiendo. Después de un pequeño recorrido hacia el tranvía y estando ya en él, me di cuenta que no era la mía, algo que quise guardar en uno de los bolsillos me llevó a topar con la foto del niño del autobús. En el trayecto de vuelta, de nuevo hacia la estación, previendo la reacción de la dueña de la maleta, iba pensando en cómo disculparme. Al llegar y antes de que mostrara con palabras el enfado de su rostro, le hablé con las pocas palabras que recordaba en su lengua. Eso debió de ayudar.

14. Guor

Pastor Magee había viajado a varios países de América Latina y Europa tomando aviones desde el aeropuerto de su ciudad, NY, de entre lo poco que agradecía al hecho de vivir en una de las ciudades capitales del mundo. Esta vez debía tomar un vuelo para Cape Town. Era su primer viaje a la tierra de sus ancestros y en las últimas noches apenas dormía, por los azotes de la memoria trayéndole pasajes de la historia.

Imaginaba a sus tatarabuelos en los barcos en los que viajaron, en las plantaciones, entre los jardines de las casas en las que sirvieron, en las iglesias que fueron sus cobijos y espacios de libertad. Figuraba sus rostros, difusos entre las generaciones que hoy recorrían la ciudad, producto de cruces y sincretismos, con la nariz de unos, el pelo o los labios de otros. No era fatalista, reconocía que los descendientes no siempre hacían buen uso de las libertades conquistadas, pero también que en la gestión de los espacios se mantenían modelos de antaño, y que, simplemente, era una historia difícil de olvidar.

Pastor Magee llegó al aeropuerto dos horas antes del vuelo, presentó el billete y facturó el equipaje. Se quedó con el ordenador portátil. Sentado en los sillones cercanos a la puerta de embarque, se dispuso a revisar la ponencia que iba a presentar en un seminario sobre comunicación para la paz. Había añadido pocas notas a una de sus homilías. Mientras recreaba sus notas, empezó a apa-

recerle un rostro en vaivenes. No lo reconocía. Era el rostro de una mujer pasados los treinta años, con un peinado de rizos antiguo; miraba desde unas pupilas marrones con iris negro; tenía la nariz chata con orificios abiertos, típica de algunos grupos, igual que la comisura de su boca y el grosor de sus labios, desde los que le sonreía amable y cómplice. Luego le pareció que la mujer le hablaba, movía los labios con ademanes de estar articulando palabras.

Cuando Pastor Magee levantó la vista del ordenador y miró el reloj de la pared, marcaba las 4:05 de la tarde. Habían pasado cuarenta minutos de la hora prevista para su vuelo. En la puerta de embarque le dijeron que el vuelo había salido a la hora exacta. La ventanilla de la compañía estaba cerrada... Fue entonces cuando entendió el mensaje de esa tatarabuela.

15. BIKIEN

> «La mayoría de nosotros tenemos enquistado un viaje, que no es una visita ni una vocación, sino un sueño. Y que se va forjando poco a poco, mediante una delicada arquitectura. De párpados para dentro... pieza a pieza se va armando el paisaje que reproduce una realidad que no se puede tocar... ocurre a veces que la suerte te conduce hasta allí...»
>
> *Amor América*
> MARUJA TORRES

Divagaciones

En el momento que me acordé de la cita de la escritora española, anotada en uno de mis cuadernos de «Divagaciones» quería irme a alguna parte. Entre tanto, buscaba información sobre centros de estudios africanos, tenía un listado de los mismos en distintas partes del mundo e iba entrando en sus páginas. «Toguna», el centro de estudios africanos que pretendíamos crear un grupo de amigos y conocidos, se topaba, entre otros, con el desconocimiento que teníamos del funcionamiento de esos centros y lo que podíamos ofrecer realmente.

Estaba en esas cuando encontré la convocatoria de una conferencia internacional sobre los pueblos de ascendencia africana

que se iba a celebrar en Washington. En el preámbulo se decía que la Asamblea General de las Naciones Unidas había proclamado el año como, «Año Internacional de los Pueblos de Ascendencia Africana... en relación con su participación e integración, en todos los aspectos, en las sociedades donde viven». Estábamos a finales de año y no tenía esa información. Y sólo para informarme un poco más le escribí al director del proyecto. Enseguida recibí la respuesta, aunque me remitía a las mismas páginas en las que me había informado. En mi nota añadí el dato de mi nacionalidad. Resultó ser que el director cursó parte de sus estudios en Mintima y conocía a muchos de mis compatriotas. El hecho, de algún modo, favoreció nuestra comunicación y empecé a deliberar la idea de viajar a Washington.

En mi entorno de amigos algunos viajes han conllevado logros después de una larga búsqueda –el inicio de una relación o la consolidación de la misma, la gestación de un hijo y otros– aunque no fueran los objetivos de los viajes. En mi caso, tampoco quería fijarme ningún objetivo, tampoco lo tenía. El sólo hecho de tomar la iniciativa de realizar un viaje tan largo, lejos de mi entorno cercano y disponerme a cumplir los requisitos del mismo ya era un logro; que nadie fuera a esperarme en el aeropuerto, ni fuera a hospedarme en casa de nadie y apenas manejase el idioma del país, era todo un ejercicio de mi conquista personal, iniciada desde hacía más de una década sin indicios que me ayudasen a reafirmarme.

El momento que vivía, lleno de porqués, de necesidad de cambios y restituciones, también propició la decisión. Acababa de escribir a mi amiga Silvy y en una parte de la nota le decía: «mi vida en esta etapa no es más que un cúmulo de intentos, principios, desaciertos; no quiero hacer recuentos ni balances, me gustaría cerrar la puerta, sin dar portazos, y salir a emprender un camino nuevo». Este iba a ser un viaje de pocos días y no esperaba que cambiase mi vida o que fuera mi viaje, «...que no es una visita ni una vocación sino un sueño...» Aunque eso todavía no lo sabía.

El viaje

Los viajes comienzan en el momento que uno decide realizarlos, empieza la cadena de acciones y sucesos y experiencias diversas e imprevisibles. Los aeropuertos ofrecen un paisaje de inmensos territorios, cuerpos desplazándose a ritmos distintos, rostros con diferentes expresiones. Todos vamos a alguna parte, a un encuentro, una búsqueda o de vuelta a nuestros días rutinarios, esos que odiamos a veces y luego echamos de menos cuando en el ajetreo de los cambios descubrimos la tranquilidad que nos aportan.

Debía tomar dos vuelos hasta llegar a Washington. Uno de Madrid a Miami, el otro de Miami a Washington. El primero se canceló por problemas técnicos y la compañía nos derivó a vuelos de otras compañías en función del destino final de cada pasajero. Ya no pasé por Miami, con la ilusión que me hacía conocer, aunque sólo fuera el aeropuerto, esa ciudad donde parecía que vivían todas las celebridades de la farándula musical y cinematográfica del mundo; mi vuelo iba a Nueva York.

En el aeropuerto J. F. Kennedy debía gestionar el vuelo a Washington con la compañía. Me dirigí a una de las azafatas con facciones hispanas, con la confianza de que podría hablarle en español, de entre los partidos que podíamos sacarle a esa historia que tanto azotaba. Tomaría el último vuelo de la compañía hacia Washington.

Sorpresa

Después de varias horas de espera se anunció el retraso del vuelo por los mismos problemas técnicos que en Madrid. El aviso de cancelación se hizo casi a media noche, cuando no quedaba ninguna posibilidad de tomar otros vuelos. La compañía empezó a gestionarnos vuelos para el día siguiente, los hoteles donde pasaríamos la noche, el transporte que nos llevaría a los hoteles y a los aeropuertos, cenas y desayunos. Cada concepto iba escrito en su correspondiente tarjeta para ser entregado a cada gestor.

La información la daban las azafatas en inglés y no pude distinguir entre ellas alguna que fuera de origen hispano. Esperaba mi turno en la cola, preocupada por mis escasos conocimientos de ese idioma, haciendo examen de conciencia por las oportunidades que no había sabido aprovechar y prometiendo ponerme a estudiarlo a la vuelta. En esas, mi predecesor en la cola recibió una llamada telefónica y le oí hablar en español, y cuando le llegó el turno le escuché hablar un inglés que me pareció perfecto, a lo sumo, se entendía con la azafata que también me iba a atender. En el momento que la azafata fue a recoger sus tarjetas en el interior del cuarto donde se imprimían, le pedí, en español, que me asistiera en mi turno. Y aceptó, mucho más amable de lo que me había imaginado dada su exquisita apariencia.

Resultó ser que la persona que yo precedía en la cola tenía el mismo problema que yo y, de algún modo, aprovechó la coyuntura para pedir el mismo socorro a la misma persona. Luego dijo que era mánager de un cantante. Al rato el cantante se acercó a la cola y el mánager le presentó por su nombre. Le reconocí y pregunté por su apellido, como generalmente se le llamaba en los medios; era uno de esos cantantes latinos que despiertan pasiones con sus baladas de amor y movimientos de cadera. No era uno de mis favoritos, así que no me salió esa expresión típica de las fans ante su ídolo, pero admiré su belleza física, más acentuada en la realidad que en los medios. El cantante tampoco se manejaba bien en la lengua de los negocios.

Resultó ser también, que nuestro traductor, y guía el resto de la noche, era el segundo de a bordo de una compañía discográfica que tenía emisoras de radio en casi todos los países de América Latina y ciudades de Estados Unidos, según dijo. De ahí le venía la apariencia, no había que ser muy entendida para darse cuenta que cada uno de los objetos que llevaba –el traje, los complementos, el equipaje, los abalorios– costaba una fortuna. Una vez el mánager le presentó a su jefe, se estableció enseguida la relación a la que estaban destinados el hombre de negocios y el cantante. Ambos viajaban a Washington para participar en una gala en la Casa Blanca frente a sus inquilinos de moda. Aquél encuentro me pareció

de todo menos un azar y me dejó la sensación de haber sido un poco su artífice (el ego necesita nutrirse y a veces le vale cualquier cosa).

Al cantante le había visto en programas sensacionalistas y en galas de fin de año en canales de televisión en Mintima y en Madrid. Sabía de algunos cotilleos sobre él, de la relación que le aludían con otra famosa cantante luego de haber protagonizado un vídeo musical, de su novia de toda la vida con la que se casaría pronto... Empezaba a ser toda una experiencia el encuentro con un personaje de esas características en un contexto tan normal y comprobar que, excepto su llamativa belleza física, nada en él delataba su celebridad; era uno más arrastrando su maleta, perdiéndose en el aeropuerto mientras buscábamos la salida, sentado en el autobús hacia el hotel.

Sería para que no perdiera esa naturalidad, que cuando le llamó la atención mi español y quiso saber de dónde era y dónde vivía, le dije que vivía en Bara y que había viajado desde allí. Se interesó por Bara, pero no por las razones que allí nos cuentan de los países latinoamericanos, ese hecho le sorprendió (como me sigue sorprendiendo que tengamos que explicar tantas veces porqué hablamos español en Bara, con el mal rato que se pasa al dar esa explicación). Su primer interés fue porque se trataba de África –lo que eso significaba en el primer mundo. Luego, cuando supo de su hispanidad casi se mostró afectivo. En el hotel no sabrían quién era o en ese mundo las celebridades pasaban desapercibidas; le pusieron en una habitación frente a la mía.

El evento

La conferencia se realizaba en una universidad de renombre, como supe después. Una ciudad universitaria, con sus facultades, escuelas universitarias, residencias, hospitales y medios de transporte propios. Desde la puerta principal donde me dejó el taxista hasta el edificio que me señalaron, casi todos los rostros con los que me cruzaba eran de afrodescendientes. (No pude evitar dese-

ar una universidad como esa en Bara, la tierra de mis abuelos y mis padres, y que la nueva generación de mi familia, Sa ma Nzam, estudiaran en ella sus carreras y profesiones). También supe después que, en esa universidad los estudios africanos eran obligatorios en todas las formaciones. Relacioné el hecho con lo leído del mítico humanista, C. A. Diop «...*lo que es importante para un pueblo no es el hecho de reclamar un pasado histórico más o menos glorioso, sino el estar movido por un sentimiento de continuidad...*» En la época en la que me tocó estudiar sabía más de las historias y las culturas de otros pueblos. Pensé.

Ya habían llegado varios participantes al congreso, algunos desayunaban, otros hablaban en los pasillos. El director del evento estaba justo al final de unas escaleras, por las que había que subir, saludando a la gente que iba llegando. Le había imaginado con unas cuantas canas, dados los títulos y las responsabilidades que aparecían en su firma digital. Se lo dije al presentarme y se rió con una carcajada que sonó por todo el pasillo.

La inauguración se inició con un rito que me pareció muy tradicional, como el *saraka* que practicamos en Bara, por sus características, los elementos y los gestos, como si fuera una invocación de espíritus de antepasados; sería para que favorecieran los temas que se iban a deliberar en el intenso programa de cuatro sesiones diarias durante tres días. En la sala había gente venida de varios países de todos los continentes.

Contribuciones

Los africanos que participaban en el evento eran, todos ellos, considerados intelectuales y afectos a alguna universidad. En la sesión sobre su contribución en la visibilidad de los pueblos de ascendencia africana, en la cual participaron muchos de ellos, empezaron por disertar sobre qué significaba ser intelectual: Un intelectual es un creador, una persona capaz de imaginar un mundo nuevo... Un intelectual es una persona con capacidad para entender el funcionamiento de las cosas y de transmitirlas... Un inte-

lectual debe ser alguien que incide en su propia sociedad, que tiene una posición social... Siguieron un largo etcétera de definiciones del concepto. Al final de las exposiciones tenía la impresión de que estaba igual que al principio, sin repuestas a la pregunta planteada en la mesa, como si la hubieran evadido. En el turno de preguntas incidí en el título de la sesión.

Era el tercer día, y último, del evento; había asistido a varias presentaciones sobre la problemática social de los afrodescendientes en sus distintos países –la discriminación racial, a veces institucional y encubierta, el estereotipo y el estigma de sus antepasados que todavía les perseguía– en relación con las otras comunidades con las que formaban sociedades. La respuesta que figuraba en mi mente era que nuestros intelectuales tenían poco que ofrecer a esos pueblos, con las imágenes que mostraban los medios de comunicación sobre el largo etcétera de los problemas de su continente –conflictos llamados étnicos, la fama de sus líderes, las innumerables miserias vistas desde posiciones de superioridad, del norte al sur, el imaginario, tal y como me lo había expuesto Faty.

El profesor de la *Universidad Cheikh Anta Diop*, dijo que África les podía servir de memoria y como ejemplo mencionó el *Memorial de Gorea*. «El hombre necesita de su pasado para crear su presente». Añadió el profesor. Y me acordé de las lágrimas de mi amiga Georgia contándome su visita a la isla, de Moussa, compañero en el sector de Acción Social y nativo de la isla, que no tenía buenos calificativos para los símbolos de esa memoria. Y pensé en mí misma, yo también necesitaba conocer el pasado de mi pueblo para entender su presente, las razones por las que hoy encarnábamos tantos males.

Género

El cúmulo de preguntas que llevé al evento, al considerarlo el espacio idóneo para resolver mi propio «cacao mental» respecto de la historia y las culturas relacionadas con el continente al que pertenecía, me puso en algún que otro aprieto. Fue el caso de una

sesión sobre género, que después de haber escuchado diferentes exposiciones y de observar, aunque fuera una observación superficial, a las mujeres de esa sociedad, creía entender por qué algunas feministas africanas, como Molara Ogundipe Leslie, querían desmarcarse del movimiento que inicialmente englobara a toda la negritud femenina. Quise poner en discusión la comparativa, tomando como modelos a dos de las ponentes, una profesora nigeriana, inmigrante de primera generación y una joven afrodescendiente colombiana, partiendo de los temas que ambas habían expuesto. Intentaba explicarme en mi pobre francés mezclado con mi inglés mucho más pobre; las reacciones fueron verdaderas bofetadas. «Estas limitando la condición de la mujer», dijo alguien. ¡Lo que hace el idioma! Pensé.

Guineoecuatorianos

En el programa había unas tres sesiones sobre Guinea, el país que más espacios tenía. De entre los temas se habló de la utilización de los recursos naturales y sus efectos en el bienestar social, del idioma y la literatura. El sello «Literatura Hispanoafricana», englobaba ya a todos los escritores africanos que se expresaban en español, aún si los guineocuatorianos fueron sus pioneros. Dijo uno de los profesores en su presentación. Me alegró escuchar pasajes de *Ekomo* y de *Las tinieblas de tu memoria negra* en voces que las hacían traspasar la frontera de sus espacios literarios, e imaginé las dos obras como si fueran dos estrellas que se unían a las del escudo de su nación aumentando la luminosidad de sus blasones.

Personajes

En un evento de estas características no faltan «los personajes», esas personas que llaman la atención por lo que sea que tengan o hagan, que «brillan con luz propia», aunque tal consideración sea una cuestión subjetiva. Mi personaje era una escritora costarricen-

se cuya presentación me resultaba indescriptible, una combinación de poesía, canto, danza, discurso social y político y folklore. A sus setenta largos años se permitía el lujo de llevar tacones de diez centímetros y lucir piernas en una minifalda, mostrando sus propios versos, «*soy Navidad / bullen mis setenta luces / revientan como estrellas / revientan como rosas / soy plenitud.*» No fue extraño pues, que en una cena ofrecida por una entidad oficial a los participantes al evento, la dama apareciera de la mano de un galán, esos tampoco suelen faltar, más de una decena de años menor que ella, y causara sensación, sobre todo en las féminas que la observábamos. «Complejo de estrella». Dijo alguien. Envidia pura, reconocí.

Conclusiones

Las conclusiones las presentó una profesora de la *Universidad Omar Bongo,* miembro del comité científico del evento. Fue otra de mis gratas sorpresas, por nuestra vecindad y el alto cargo que tenía en su universidad, en unas sociedades de géneros, mayores y jerarquías como son las nuestras. Luego de agradecer en nombre de todos los participantes a los organizadores del evento –a la universidad, al departamento y sus responsables– sugirió, en nombre del comité que ella representaba, que se promoviera el encuentro al menos cada dos años, como espacio de intercambios en el marco del objetivo de «Re-negociar el futuro» de nuestras sociedades y culturas. Me acordé a colación de algo que leí del escritor Wole Soyinka: «*La comunidad oprimida si no tiene un patrimonio cultural en el cual apoyarse, no posee siquiera los medios que le son propios para asegurarse en su seno el orden social...*».

El Broche

El evento se clausuró con una recepción y un recital improvisado de poemas, cantos y cuentos. Pero el broche final fue una actuación estelar de su director, uno de esos jóvenes que parecía

encarnar la fuga de cerebros hacia occidente. Le esperábamos en el patio, el resto de africanos, para despedirnos y darle las gracias por la experiencia que empezábamos a calificar de «increíble» «entrañable». En esas llegó, agradeció las muestras de cariño, y de repente sacó un paquete de clínex y los repartió entre el grupo, uno a cada uno. Luego pidió que nos pusiéramos en fila, él mismo en la cabeza, y entonó una canción popular en el continente, *zoblazo wazo zoblazo*... Mientras cantaba, contoneaba piernas y cintura arriba y abajo, agitando el clínex al son de la canción. De *zoblazo* pasamos a *nzamina mina* y a *mankelemang*, todas ellas canciones conocidas por todos en el continente negro, recorriendo el patio de la universidad; entre tanto la catedrática y yo voceábamos el *yengui*, el grito con el que expresamos alegrías y gozos. Si entre trajes y lenguas occidentales pasamos desapercibidos, ese fue el momento de dar el cante.

Dos africanas en Washington

El título me lo ha inspirado una película protagonizada por un nativo americano que sale de la selva y llega a la gran ciudad, y tiene que sortear rascacielos y tranvías que pasan por los aires y un largo etcétera de símbolos de modernidad que para él no son más que obstáculos. La visita que la catedrática y yo hicimos por la ciudad no era para tanto, ella tenía un largo recorrido de viajes, pero se parecía.

Ambas dejamos el día después del congreso para visitar la ciudad y quedamos en hacerlo juntas. Ninguna de las dos tenía una idea clara del itinerario que íbamos a seguir. Salimos a rondar las calles con las pocas referencias que teníamos, un mapa de la ciudad y las ganas de conocer la Casa Blanca, cómo no. Al cabo de pocas calles propuso que cogiéramos un taxi. Paramos uno, el taxista era de origen etíope, como parecían serlo la mayoría de los taxistas de esa ciudad, pero antes de subirnos le preguntamos a qué distancia estaba la Casa Blanca y cuánto nos costaría. El taxista nos miró extrañado, sería la razón por la que le aclaramos,

«somos africanas». El joven sonrió y aceptó llevarnos al monumento turístico. Siguió sonriendo mirándonos por el retrovisor.

Luego de la Casa Blanca nos proponíamos ir al Monumento a Washington que parecía estar justo detrás. Al pasar por una de las calles vimos unos autobuses turísticos y fuimos a informarnos. El vendedor de los billetes al escucharnos hablar en francés quiso saber de dónde éramos; él era camerunés, nos dijo. Fue como si se encontraran los hermanos, convertidos en eternos vecinos, y pagamos los billetes a mitad de precio. Un taxista beninés nos llevó a última hora a un centro comercial de otro estado para que pudiéramos realizar las compras necesarias para el largo viaje de vuelta. Llegados a cierta distancia y cantidad devengada paró el taxímetro. Y en el restaurante donde cenamos, el director, de origen marroquí, al saber de dónde veníamos, eso fue cosecha de su propia observación, mandó que cargaran nuestra cena a su cuenta. Era la hospitalidad con la que, sólo de vez en cuando, hacíamos estragos al capitalismo.

La vuelta

De vuelta a casa todo volvía a su curso. Me pregunto muchas veces hacía dónde llevan los momentos, de qué plan forman parte. Ese no parecía ser mi viaje, «que no es una visita ni vocación sino un sueño». Aunque seguía sin saberlo.

16. Contrariedad

Popayan, septiembre de 1990

¿Qué tal perla? No sé si habrás regresado de tu paraíso. Supongo que estas al caer. Por si acaso te has olvidado de mí, aquí estoy, haciéndome presente. Estoy bien. La gente me recibe, me invita, me lleva, me tratan como señor o doctor, que es como llaman aquí a los que tienen algún cargo. Me siento importante.

Pienso en ti continuamente y me pregunto si tu pueblito en África es como algunos de los que voy visitando aquí. Hice un viaje, es como si lo hubiese hecho contigo, a un pueblo donde la mayoría de la población es negra. El pueblo está al lado de un río en plena selva, los niños bañaban en la orilla, la misma donde las mujeres lavaban la ropa. Las casas se sitúan alrededor de la carretera. La gente anda a pie o en bicicleta y sin camisas al lado de la carretera. Las mujeres, con mucho garbo, llevan paquetes en la cabeza y se dirigen a lavar la ropa o donde sea. El clima, la gente, las casas, me daban la sensación de estar en África y me preguntaba si así sería tu pueblo.

En el pueblo indígena donde resido la vida es sencilla, mi vida es simple. Me levanto temprano para ir a ducharme fuera, con agua totalmente congelada. Después desayuno y empiezo a trabajar (la semana pasada estuve formando las cuadrillas de trabajo, esta semana hemos empezado la excavación de los cimientos).

La gente vive en condiciones muy precarias, pero es amable, también desconfiada, como es lógico, porque desde siempre todo el que ha llegado ha buscado explotarles. Las mujeres son muy trabajadoras, además de cocinar y cuidar de los hijos, trabajan en el campo, hilan la lana y tejen los telares.

Con la ilusión que tenía con los niños, me tienen miedo. Serán los ojos, el pelo largo, lo grande que dicen que soy, aquí la gente es pequeña, o será mi piel. Lo cierto es que no se acercan. Como mucho, cuando tengo la puerta abierta, se pasan a mirarme, pero si ven que me levanto, salen corriendo.

Muchas veces, cuando voy de visita a casa de la gente, me regalan huevos, son lo más preciado que tienen. Y cuando terminas de comer y les das las gracias, te responden, «perdón». Al principio no encontraba la relación, luego me contaron que querían decir, «perdón por lo mal que te hemos servido, por lo poco que te hemos dado, por no poder ofrecerte nada mejor, por ser tan humildes para ti...» ¡Cómo no voy a comerlo todo!

Sin embargo aquí tienen la filosofía de «Haz pasado mañana lo que piensas hacer hoy». Todo se atrasa un día y otro y otro. Son otras formas de sociedad y con otras necesidades. En esto también pienso en ti y presiento que mi venida aquí no ha sido casual, tampoco las experiencias que estoy teniendo. Este lugar tiene algo mágico que lo envuelve, quiero que lo conozcas. Te quiero mucho y espero pronto tus noticias.

17. Yon Zile

En medio de la devastación y la tragedia que mostraban los medios de comunicación, miles de cuerpos yaciendo en las calles y bajo escombros, gritos, lamentos; buscaba un rostro y un nombre. Habían pasado varios años...

Viajé a Madrid para participar como voluntaria en un foro sobre migraciones. Serían unas horas realizando tareas a cambio de alojamiento y manutención. El resto del tiempo podría asistir a algunos actos de entre el centenar programado –conferencias, talleres, exposiciones. Más de dos mil quinientas personas de noventa y nueve nacionalidades nos íbamos a encontrar durante tres días en una ciudad de la Comunidad de Madrid, para reflexionar sobre el estado de las relaciones sociales desde todas sus vertientes. El mundo, con sus rostros y voces, estaría comprimido en pocos kilómetros.

El primer día del foro me tocó trabajar en el comedor, organizando a los distintos comensales, entre los que debían pagar la comida y los becados por la entidad organizadora del evento. Perdí la conferencia inaugural y sólo pude asistir a uno de los talleres de última hora, la escritura colectiva de «La carta Mundial de las Migraciones». Se realizaba en la sala de ordenadores. Los participantes leían primero lo que habían escrito otros antes de

expresar sus propias opiniones. La dinamizadora era una marsellina, de origen argelino, que daba una atención personalizada a cada participante, explicándole en qué consistía la carta y su finalidad. El proyecto permitía a los migrantes de todo el planeta proponer una declaración de principios universales sobre el derecho a la libertad de movimiento y el establecimiento de hombres y mujeres por todo el planeta. Se hacían propuestas desde diferentes continentes y países.

La propuesta africana rechazaba la división de la humanidad entre los que pueden circular libremente por todo el planeta y los que no, porque les está prohibido. Desde Chile habían escrito, «la migración está llena de riquezas, oportunidades y esperanza, aun cuando la incomprensión y la desidia de los estados la convierte en un naufragio de dignidad y felicidad... Los seres humanos renovamos nuestra identidad y pertenencia entre sueños, caminos...» Y desde un largo etcétera de lugares la gente expresaba sus opiniones.

Estábamos en ese momento de intercambio, que aprovechaba para practicar mi francés con la dinamizadora, cuando alguien interrumpió preguntando por el taller en el mismo idioma. Nada tenía que ver con mi chapurreo y enseguida acaparó la atención de la dinamizadora. Esta dio por finalizada nuestra conversación para empezar una nueva presentación. Junto con su fluido francés, el hombre sonreía mirándome disimuladamente como si percibiera mi fastidio por el desplante.

En la programación del evento, las actividades formativas se realizaban durante el día y hasta bien pasada la tarde; luego tocaba el turno de las actividades lúdicas. La noche siguiente a nuestro encuentro vi de nuevo al hombre del taller cenando en una mesa con amigos. Nos saludamos de lejos. Luego no pude contener el impulso y me acerqué a su mesa haciéndome sitio a su lado para hablar con él, quería saber con qué organización social trabajaba o colaboraba, todos los que estábamos allí teníamos algún vínculo con alguna aunque fuera un voluntariado puntual, y de dónde era.

Y pasamos horas hablando de su organización, de una resolución que iban a presentar en la asamblea de delegados del foro,

para pedir la solidaridad de las redes asociativas y poner en marcha campañas sobre la situación de los migrantes en los países caribeños afectados por los ciclones, cuyas consecuencias provocaban el auge del tráfico de personas en esa región. A Marc Leprince le gustaba su trabajo. Tardó en preguntarme algo sobre mí y pasamos a hablar entonces de referencias históricas y culturales, del libertador, de la Negritud, del Vudú. Era la segunda vez que me encontraba con un haitiano a lo largo de mi vida. Y le hablé del primero.

Era médico y trabajaba para la cooperación francesa en Bara. Excepto por sus modales y ese halo indescriptible que detectamos enseguida en los que no son de la tierra o que llevan un tiempo fuera de ella, en lo demás pasaba por cualquiera de nosotros. Me habló de Haití, pronunciado de la manera que sólo ellos hacen en su lengua creole, y de J.B.A de quien dijo ser sobrino y por eso se había refugiado en Francia mientras su tío lo hacía entre Venezuela y Estados Unidos.

Meses después el médico fallecía de un infarto de corazón en su residencia. «Padecía de hipertensión». Dijeron las fuentes oficiales. Las voces señalaron también a sus compañeros, con quienes mantenía algunas discrepancias por el trato que dispensaban a los nativos y la utilización que hacían de los recursos de la organización. Se había identificado con nosotros, con nuestras carencias, las mismas de su pueblo, decía. Trasladaron su cuerpo a la ciudad de Douala, donde estaba su novia, luego a Francia, donde residía el resto de su familia, para ser enterado. Más lamenté que devolvieran su cuerpo a Francia cuando pudo quedarse en «la isla bajo el mar».

La historia conmovió a Marc Leprince, aunque soltó una carcajada cuando mencioné el lugar donde debieron dejar el cuerpo de su compatriota. Durante esos días del foro hablamos y hablamos. En medio de la devastación y la tragedia que mostraban los medios de comunicación, miles de cuerpos yaciendo en las calles y bajo escombros, gritos, lamentos; buscaba su rostro y su nombre.

Conmovida por el acontecimiento cuyas imágenes recorrían el mundo, el recuerdo y la proliferación de escritos («Haití, aunque

está en el Caribe, es África»; decía un artículo; luego el escritor hacía su recuento de similitudes. Un cónsul de ese país culpaba de lo sucedido a las concepciones de la cultura africana, de la que son descendientes la mayoría de los habitantes del país), empecé a concebir la idea de que algo me unía a Haití, loas que se mantenían en el tiempo y la distancia.

18. Ojos de pantera

Desde los ventanales de la terminal del aeropuerto Oyana vio la intensa luz de la isla en verano. Afuera sintió calor, a pesar de la brisa que llegaba del mar. Era su primer viaje a la isla, a Tocan, como lo llamaba su gente. (En su relatos Oyana prefería el nombre genérico, isla). En el trayecto a la ciudad pasaron por plantaciones de plátanos, le llamó la atención la forma de producción industrial, y vio construcciones coloniales que le evocaron recuerdos de Nanpú. No se había molestado en buscar información, tenía la versión de su amiga diciendo que estaría bien, que encontraría trabajo. Había previsto pasar un año en Tocan. Su vida al final de ese año sería uno de los temas de las largas conversaciones que mantendría con la amiga.

El apartamento que iban a compartir las amigas estaba en la primera de un edificio de tres plantas. Tenía dos habitaciones, un cuarto de baño, salón y cocina office. A Oyana no le gustó que no hubiera una ventana en el cuarto de baño ni en una de las habitaciones, cuyas paredes se veían humedecidas y con grietas. La amiga insistió que se lo quedaran, había llevado ella las gestiones y era lo más económico que había encontrado, decía mientras revisaban el apartamento. (Cuesta entender que la gente disponga para los demás espacios que ellos mismos no querrían). Luego Oyana entró en la otra habitación y vio el mar por la ventana.

Oyana encontró trabajo como ayudante de cocina en un restaurante. Sería su primer trabajo oficial, una regularización masi-

va de extranjeros les había permitido trabajar sin límites de profesión ni espacio geográfico. A partir de entonces su trabajo empezaría a figurar en alguna parte o a tener el valor que no tenía lo que hiciera antes –cuidar niños y ancianos, limpiar casas. (Pero nada estaba garantizado si no se mantenían las condiciones. Era una de las notas que distinguía el ser de un lugar y el estar en un lugar.)

El restaurante ofrecía comida tradicional de la isla. Al día pelaban varios kilos de patatas, troceaban otros tantos de verduras, cocían legumbres, preparaban enormes ollas de caldo para fondos de arroces y salsas. Componían los platos siguiendo las indicaciones, *comandas,* de los camareros. Aprendió rápido y en pocos meses hacía el trabajo de los cocineros. La gustaba cocinar, en su casa siempre se estaba inventando platos o siguiendo algún recetario, aunque se había dado cuenta de lo poco que tenían en común la cocina de una casa con la de un restaurante.

Descansaban un día a la semana de las interminables jornadas. Su día libre, durante los primeros meses, lo dedicaba a visitar la isla. La isla de Tocan se podía recorrer entera en unas horas; a pesar de su poca extensión tenía varias ciudades; su abrupta orografía le daba múltiples paisajes, valles y profundos barrancos; su variedad de climas ofrecía distintos ambientes en cortas distancias, en esa época del año tenía el aire desenfadado de los territorios bañados por el Atlántico. La modernidad había sustituido las palmeras de las costas por construcciones de cemento y asfalto, pero quedaban algunas en el interior de los bosques, Oyana solía verlas como a ojo de pájaro en los *guaguas.*

En la ciudad en la que vivía le gustaba el largo paseo que bordeaba el puerto y el centro de la ciudad. Observaba su multitud de elementos, mezcla de tradición y modernidad, que contaban la historia de la ciudad. Entre ellos estaban las esculturas de los antiguos habitantes de la isla, hombres de atlética complexión corporal, estatura próxima a dos metros, en las esculturas, y nobles facciones; el escultor les había diferenciado con alguna característica facial; llevaban puesto una especie de taparrabo y lanzas en las manos. Oyana se quedaba a observarles. (Compararía ese instrumento de caza con el otro que acababa con la vida de un ser huma-

no en cuestión de segundos y que protagonizara la repetida historia de las colonizaciones). Los antiguos pobladores de la isla se exhibían orgullosos, dejando entender al visitante que vencidos o no, ellos eran los dueños.

A Oyana le gustaba la escultura de uno de los extremos, no sabía precisar si era el norte o el sur, tal situación dependía de la posición desde la que lo mirase, decía. En los momentos que pasaba junto a él parecían mantener tácitas conversaciones. Hablaban de la libertad, del amor, de lo difícil que resultaba aunar ambos conceptos; de las búsquedas, las esperas, los fracasos, la confianza personal; también del mar, su único aliciente en los momentos que se sentía desgraciada por el intenso trabajo y la soledad con la que recorría las calles, el mismo mar que él miraba vigilante. Y tal vez le hizo alguna confesión o promesa, no lo recordaba.

Siguiendo el paseo se llegaba a la plaza principal de la ciudad, situada junto a un enorme faro que antaño avisara a los navegantes la proximidad de tierra firme. Al lado de la plaza estaban los edificios de correos y el ayuntamiento con el patrón de los pueblos castellanos. De paso por el centro de la ciudad Oyana entraba en las librerías y las tiendas. Así pasaría el año, trabajando hasta medianoche y paseando por la ciudad en sus días libres.

El mayor volumen de trabajo en el restaurante se centraba en el horario de la comida, la clientela necesitaba un servicio rápido porque debía volver a trabajar, luego aflojaba el ritmo. Las tardes eran el momento para los preparativos de la cena y las previsiones del día siguiente. Llegaban los proveedores para entregar o recibir pedidos y los técnicos que mantenían las instalaciones. También tenían tardes relajadas, en las cuales el personal se entretenía observando lo que acontecía en el local desde la ventanilla de la cocina; si un hombre entraba en compañía de una mujer conjeturaban sobre si fuese la esposa, los camareros daban los detalles de las alianzas y de quién había pagado la cuenta como señales para sacar conclusiones. (Reconocía esa forma de vida, la vida de hombres y mujeres girando en torno a sus conquistas personales, luchando contra sus instintos a través de mandamientos, normas y convencionalismos).

Una de esas tardes, Oyana estaba de espaldas a la puerta de la cocina, entretenida en el fregadero, cuando escuchó a su compañero, con el que estaba cubriendo el turno de esa tarde, hablar con alguien que preguntaba por la ubicación de un aparato que debía revisar. Hablaba con acento y giros locales pero con un timbre distinto. Ese timbre fue lo que le hizo a Oyana girarse del fregadero. Quedó sorprendida. El técnico le recordó a la escultura del paseo marítimo, aunque vistiera pantalones de tela vaquera y camiseta blanca y sujetara una caja de herramientas. Llevaba varios días libres sin pasarse por el paseo, reconoció. Era la primera vez que veía a ese técnico en el restaurante. Algo que percibió en sus ojos y su forma de mirarla la hicieron sentir un repentino escalofrío.

Oyana entró en la conversación matizando los efectos de la avería. Al escucharla, el técnico hizo ademanes de sorprenderse también, por el acento y otras evidencias que la alejaban del lugar, le dio a entender. Siguieron mirándose cuando el técnico retomó la conversación con su compañero y mientras se dirigía a la puerta de salida del restaurante y cuando, antes de salir, giró e inclinó la cabeza en un gesto de reverencia. Oyana desconocía el cúmulo de sensaciones que la invadieron de repente, como si entrase corriendo en un frondoso bosque, separando rizos de hierbas, tropezando con raíces de árboles formando gruesos labios, y mientras corría, le llegaba el eco de una melodía lejana y las notas de un tambor marcando sus pasos.

Oyana empezó a esperar al técnico por las tardes, imaginando conversaciones que propiciar. Una tarde le encontró sentado en la barra del restaurante, compartiendo una bebida con un amigo. Se saludaron y el técnico la invitó a tomar una copa. Oyana se excusó por el trabajo, quedándose de nuevo con la impresión del primer día en la cocina. Días después el técnico volvió para revisar otro de los aparatos donde guardaban las provisiones, estaba en otras dependencias del restaurante, y Oyana le acompañó, recorriendo juntos el trecho de acera que separaba la cocina de las dependencias. En el interior del almacén recordaron que no se habían presentado. «Me llamo Herga». Le dijo. Y reiteró la invita-

ción de la barra. Oyana también se presentó; y, por alguna razón que no sabía explicar, añadió en la presentación que le quedaban dos semanas en la isla. (Favorecería así el encuentro que había estado esperando a lo largo de los meses que pasaron desde que le viera por primera vez en el restaurante). Quedaron en verse esa noche cuando ella terminara su turno.

A la hora acordada Herga esperaba aparcado en la puerta del restaurante. Se bajó del coche y le abrió la puerta copiloto cuando la vio llegar. En el interior del coche, una camioneta llena de cables, herramientas y trastos, con sólo las plazas que ellos ocupaban, Oyana se sintió incómoda por el olor a pescado que despedía. El mismo olor que le recordó el mar en la terraza donde se sentaron e hizo que se disculpara para ir al servicio luego de pedir las bebidas. En el espejo de los servicios, Oyana se miró la cara, encontrando el reflejo de las horas pasadas entre freidoras y asadores; no era la imagen que deseara para ese encuentro. Se dijo. Se lavó las manos, las untó de crema y se enfrentó al mar.

Herga le contó que reparaba aparatos de frió tras fracasar en sus estudios de arquitectura y en un negocio de restauración. En un momento de la narración, dijo que se había sentado en el suelo del local, horas antes de entregar las llaves a los dueños, preguntándose cómo cancelaría sus deudas con los proveedores y el banco. (La historia parecía verosímil). Tenía treinta y siete años, no estaba casado ni tenía hijos. Confesó sin apuros que las mujeres le consideraban un golfo. «A veces queréis recibir más de lo que dais y juzgáis las carencias». Le dijo, con un halo de tristeza, como si recordara una mala experiencia. Hablaba desapasionado y como si estuviera satisfecho consigo mismo.

Oyana contó los aspectos de su vida que le parecieron apropiados. Ella también había fracaso en sus estudios y no podría realizar su sueño de dedicarse a la estética. Le habló también del entretanto que terminaba de pasar en la isla. Habría querido contarle algo más, pero no quiso revelar demasiado de sí misma; estaba de paso, no tendría tiempo para conocer al hombre, la historia de su familia y de sus relaciones. (También intuiría que la previsible fugacidad de ese momento le habría llevado a él a proponer ese

encuentro). Seguían mirándose, interrogantes y precavidos, evitando la complicidad de las respuestas. Desde alguna parte de su mente a Oyana le sonaron las alarmas. Terminaron sus bebidas y decidieron dar un paseo con el mar de cerca.

Al día siguiente Oyana esperó la llamada de Herga. Pero Herga no la llamó ni pasó por el restaurante. Oyana ya no quiso ir al paseo ni siquiera a despedirse, sentía como si hubiera traicionado alguna confianza. Pasaron varios días hasta la noche que, de vuelta de trabajar, Oyana reconoció el coche aparcado delante de su apartamento. No dudó en acercarse. Herga estaba recostado en el asiento. Sigilosa abrió la puerta y se sentó a su lado. (Parecerían dos almas perdidas en algún laberinto, entre lo que sentían, lo que eran y lo que querrían ser aunque sólo fuera por un momento). Herga le propuso dar un paseo.

Oyana le dejó conducir sin preguntarle a dónde la llevaba. Entraron por el garaje de un edificio en construcción y caminaron por un pasillo a cuyos lados había centenares de máquinas alineadas como la estampa de un escuadrón militar. Luego subieron por unas escaleras de madera hasta unas estancias entresuelo. El lugar estaba lleno de estanterías de libros desordenados, junto a un diccionario de lengua, un libro ilustrado con piezas de barcos lucía sus páginas, le seguía una novela con título clásico o guías de quesos y vinos. Cruzaron por una puerta desde las mismas estancias y llegaron a un espacio diáfano, con un escritorio, cocina office, un enorme ropero, en cuyo interior se escondía una cama de dimensiones propias y una falsa pared tras la cual estaba el cuarto de baño. Por momentos Oyana tuvo miedo, podía notar los puntitos que le salían por todo el cuerpo y el calor en la mano unida a la de Herga mientras cruzaba las puertas y las distintas estancias. El estudio tenía la personalidad que su dueño le había transferido al construir cada detalle con sus propias manos. Se lo mostró orgulloso.

Oyana no reparó en la mesa cubierta con un mantel blanco junto a la ventana que daba a un balcón, supuso que sería un ordenador de mesa, hasta que, en medio de la impresión causada por el estudio, Herga le preguntó si tenía hambre y seguidamente des-

tapó la mesa. La haría probar un vino de la isla y los platos que no se cocinaban en los restaurantes. Le dijo. Herga la hizo probar quesos, pescados, cereales cocidos; la colmó de atenciones con pequeños detalles como si hubiera querido crearle un pequeño espacio de fantasías. Durante la cena le contó la historia de sus antepasados, infundiéndole la libertad con la que parecían haber vivido, sin cargas ni culpabilidad. Pero en la sobremesa, pasada la medianoche, entre los efectos del vino y los platos picantes, al hilo de un tema de la conversación a Herga se le cambió la expresión de la cara mientras decía: «Vivimos en función de los demás, del cómo queremos que nos vean, renunciando a lo que realmente somos y a lo que nos gusta, y lo fugaz que es todo...» Oyana percibió entonces en su mirada a una criatura de rasgos indescriptibles que gruñía y amenazaba a través de los ojos del hombre. ¿Dónde habitaba la criatura? Empezó a preguntarse Oyana.

Lo descubrió por la mañana. Le sintió cuando entró, sigiloso como un ladrón, abriendo puertas y recorriendo pasillos hacía el lugar que le dictaba el instinto, ahí donde se había dejado la máscara. Cuando Oyana se despertó, sobresaltada por las percepciones y los efectos en su cuerpo, le encontró indefenso ante los conceptos que llenan la vida de los hombres. De nuevo, desde algún lugar de su mente, le volvieron a sonar las alarmas, advirtiéndola que no podía trastornar el tiempo.

19. Dar Nimbus

Jesús quería regalarnos un viaje, su regalo habitual, cada vez que una de sus amigas cumplía la edad innombrable (hasta que pasara un tiempo de asunción, a pesar de las virtudes que dicen adquirimos en esa edad). Ya había contratado los vuelos, faltaba el hospedaje cuando me di cuenta de que podría necesitar un visado para entrar en el país al que íbamos a viajar. Llamé a Samir. Efectivamente necesitaba un visado y debí solicitarlo con un mes de antelación. Me dijo. Faltaban dos semanas para el viaje. Me quejé con Samir y como concluyendo, añadió: «¡Es África!» Esa forma que tenemos de resumir los males de nuestro continente. Me sugirió, de entre las opciones, que pidiera mediación al consulado de mi país. Solución que me pareció absurda a menos que fuera una cuestión de envergadura.

Le envié un correo a Jesús, comentando la situación y diciéndole que anulase mi vuelo. En su respuesta decía: «Tienes que venir sí o sí, no entiendo cómo se puede tardar un mes en expedir un visado. Habrá que recordarles que viven del dinero de los contribuyentes...» La sarta de reclamaciones a las que están acostumbrados en su sociedad, y en su caso le lleva a rellenar hojas de reclamaciones ante los servicios públicos, y privados, con los que no queda satisfecho. Imaginar las palabras de Jesús en un contexto real, viéndome en una oficina diplomática que ni siquiera era

de mi país y solicitando un visado con ese discurso, me produjo una carcajada. A nuestros amigos occidentales, con quienes compartimos el día a día que disfraza muchas carencias, les cuesta entender algunos aspectos de nuestra problemática social o simplemente generalizan la concepción de sus logros sociales.

Sin embargo la frase de Samir, «¡es África!» me hizo pensar, más allá del contexto y el sentido que en él tenía, en la deseada unidad del continente, en el hecho de que fuera africana y necesitara de un visado para viajar como turista a un país africano, las mismas limitaciones para viajar tanto fuera como dentro del continente.

Mantenía también un conflicto personal con el país cuya ciudad quería viajar. Surgió cuando las grandes cadenas de televisión del mundo mostraron la deportación de personas sursaharianas que esperaban emigrar a Europa desde las ciudades fronterizas de ese país. Los medios decían que iban a ser abandonados en el desierto, sin agua y con poca comida. En las imágenes, algunos iban maniatados, llorando y gritando. Y hacía tiempo que había pasado la era del gambiano. Culpé a ese país, encargado de la gestión, que debía ser el intermediario entre unos y otros, el norte y el sur, su falta de solidaridad; con los unos compartiría ideales, pero con los otros compartía continente. Seguiría pensando que esas imágenes no debieron producirse ni para escarmiento.

El viaje

Contrariamente a lo previsto, no tuve mayores inconvenientes ni necesité mediación para conseguir el visado. En los aeropuertos, los agentes revisaban con especial atención mi pasaporte como hacían con cualquier otro que no estuviera en la lista de los que dejaban divisas en el país.

Samir nos dio la idea de que nos hospedáramos en un *riad,* antiguos palacetes convertidos en hostales y escribía en una reseña, «prefiero la tranquilidad de los *riad,* porque me permite revivir el corazón de la medina, empaparme de los olores de las casas que se entremezcla en las callejuelas, sentir el bullicio de la vida en su

estado más natural y el día a día de la gente, lejos del ruido y la contaminación de los coches». Viajamos cinco personas: Eva, Jesús y yo, los amigos; Kiko, hermano de Eva y Enrique, un amigo de Kiko. Para todos era un viaje «escapada», una pausa en la sucesión de los días, en los porqués que acechan los cambios inesperados, la configuración de la esperanza. En nuestras caras se leía el interrogante del resultado del viaje al cabo de los días. Mi única garantía era la presencia de Eva, la señora de la sonrisa que todo apacigua.

La medina

Llamaba la atención el color de los edificios. Estaban todos pintados del mismo color del suelo. Por equivocación del taxista, entramos en la medina por *bap Agnaou,* cuando debía llevarnos a *bap Taghazout,* la puerta más cercana a nuestro *riad.* Nos dejó en la misma puerta porque el transporte público no podía entrar. Desde allí un joven se ofreció a llevarnos hasta el *riad.* Impresionados por la ciudad y en el ajetreo de sacar las maletas del taxi, olvidamos pactar el precio con el joven. A tan sólo pocos metros nos pidió 50 monedas. Lo que más me sorprendió fue la cara de engañado y maltratado que puso cuando nos negamos a pagarle ese importe y se lo redujimos a la mitad.

Dar Nimbus

Nuestro *riad* tenía el atributo del precio en el momento que Jesús lo contrató. Nada más llegar, algunos empezamos a quejarnos por las dificultades del acceso, la organización de los espacios, la decoración. Eva tuvo que intervenir, inyectando su optimismo, para que disfrutáramos de la especificidad del lugar. Karim nos indicó nuestras habitaciones y cuartos de baño, estaban fuera de las habitaciones, el resto del *riad,* salones y patios decorados con antiguos mosaicos, y mandó que nos sirvieran el té en la terraza de la tercera planta, donde teníamos una panorámica de la medina.

Después del té salimos a patear la medina y nos dirigíamos hacia su principal e infalible punto de interés cultural y turístico. Los medios decían que era la plaza más concurrida del continente y del mundo. Samir me había contado que durante el día era una especie de mercado donde se intercambiaba todo tipo de artículos y de noche se llenaba de puestos de comida, bailarines, músicos y exibidores. Seguíamos el mapa que nos había facilitado Karim, el recorrido del *riad* a la plaza, cuando cruzamos con un joven motorista. Nos reconoció como turistas y la nacionalidad de mis compañeros, y sugirió que fuéramos a visitar una fábrica de cuero a punto de cerrar y que sólo abría sus puertas al público una vez por semana. Le pidió el favor de acompañarnos a otro joven que iba de paso.

Precavidos por la experiencia de la misma mañana, Kiko quiso concretar el precio. El joven andarín respondió que no era necesario, que él iba en esa dirección y nuestra compañía le serviría para practicar su español. Él y Kiko iban discutiendo sobre fútbol, mientras Enrique iba pensando en proponerle al joven andarín que nos acompañara durante el resto del viaje a cambio de una cantidad de dinero.

En la puerta de la fábrica el joven andarín se despidió, casi con prisas, y nos recibió un guía muy amable. Llevaba cinco manojos de menta, los cuales nos servirían para paliar el intenso olor del lugar, nos dijo. El guía nos fue explicando los procesos de fabricación de cueros y los productos que utilizaban. Comentó algo que no supe entender, de los árabes y los bereberes que trabajaban en espacios distintos, y señalando los espacios matizó: «aquí trabajan los árabes, allí los bereberes».

Salimos de la fábrica por una callejuela y llegamos a una tienda de productos finales del cuero –bolsos, cinturones, sandalias, carteras– y también alfombras, joyería y alfarería. El guía se despidió y nos recibió un señor con la sonrisa y amabilidad de un anfitrión. Nos invitó a pasar en el interior de la tienda, a sentarnos en una especie de salón y mandó que preparasen té para seis. Mientras esperábamos el

té, nuestro anfitrión nos iba presentando los artículos de su tienda, explicando los tipos de materiales, la procedencia de los mismos, los procesos de fabricación, el coste de la mano de obra. Luego de presentar todos y cada uno de los artículos llegó el té, caliente entre las manos que sujetaban los vasitos e impregnando olor a menta y hierbabuena. Junto con el té, llegaba el momento en que nuestro anfitrión quería saber qué artículos nos habían interesado.

Para pactar el precio de unas carteras por las que se había decidido Eva y unas sandalias para Kiko, nuestro anfitrión sacó una libreta y trazó una línea recta en la mitad de la hoja. En un lado escribió su precio, en el otro lado Eva, que se prestó al juego, debía poner el suyo, y así sucesivamente hasta que llegaran al precio que convenciera a los dos. Entre tanto, no faltaron los argumentos sobre los costes de producción. Aún si quisiéramos llevarnos la tienda entera, estaban, entre otras, las limitaciones de la compañía de aviación. Y la escena, formara parte o no de una cultura milenaria, resultaba incómoda. A la salida de la tienda poco quedaba de la amabilidad inicial del vendedor. Fuera de la tienda estaban todas las personas que, por casualidad o no, nos habían conducido a ese lugar: el motorista, el joven andarín y el guía. Visto las posibles comisiones y comparado con la venta, era comprensible la actitud final del vendedor.

De nuevo emprendimos el camino hacia la plaza, prometiendo ser más precavidos. Para los lugareños la plaza siempre estaba «*tout droit*», todo recto, luego girábamos por callejuelas a izquierdas y derechas. El gentío era incesante, igual que los puestos de venta de frutas, frutos secos, especias; también los olores que Samir había comentado. Las mujeres llevaban con orgullo su traje tradicional, largas túnicas del mismo corte, con colores y bordados variados y las cabezas cubiertas; se las veía solas, en grupos o acompañadas por sus esposos o novios; iban en bicicletas y en motocicletas; sólo las eché en falta en la atención al público en los zocos; y eran las únicas, según Karim, que podían indicarnos los lugares sin pedir nada a cambio. Lo comprobamos.

Busqué en esa medina el rastro de las antiguas rutas de caravanas que iban y venían del sur, aquellos elementos que me resultaran familiares. El mercado de pescado, que cruzamos de paso a la

fábrica y cierto aire en los zocos me recordó el mercado de Nanpú, aunque en este último las calles eran más anchas y no estaban cubiertas. A medida que nos acercábamos a la plaza aumentaba la marea de gente y el aturdidor sonido que producen miles de personas en el mismo sitio.

Llegamos hambrientos y buscamos enseguida un restaurante. En el que entramos servían comida tradicional. Comimos un poco de todo, *harira, couscous, tayin,* ensalada del país. A partir de las seis de la tarde empezó cierto ajetreo en la plaza con la instalación de los restaurantes ambulantes. El lugar se convirtió de repente en el escenario de alguna historia o película basada en textos del antiguo testamento o los cuentos de Scheherezade. Después de un largo paseo por los zocos e inmediaciones de la plaza, entramos a cenar en uno de los restaurantes ambulantes. A esa hora servían sobre todo pescados fritos y mariscos.

Los jardines

Empezamos nuestro segundo día de viaje con un desayuno de pan caliente, un pan redondo y fino que se cocía en hornos de leña, mantequilla, mermelada, café y leche. Luego salimos hacia unos jardines que aparecían también en las guías como de imprescindible visita. Lo eran, una especie de jardín botánico con especies vegetales de distinta climatología, entre las que reconocí el plátano y la palmera tropicales, recreados en una obra de arte con estilo propio; un espacio para liberar fantasías.

Al salir de los jardines, y mientras mirábamos a un lado y a otro buscando un taxi en el que cupiéramos los cinco, se nos acercó un hombre de unos treinta y cinco años, vestido a lo occidental, vaqueros y chaqueta oscura, y nos mostró su coche, un todoterreno negro. Ni el aspecto del hombre ni su coche tenían la pinta de servir al público. El hombre habló con Kiko y se ofreció a darnos la vuelta por la ciudad por un precio que nos pareció asequible y por eso no lo regateamos. Le pedimos al provisional taxista que nos llevara a otra zona de jardines.

Pasamos más de una hora en la zona, junto a un enorme lago de agua, con un palco y un pequeño pabellón de dos plantas en los laterales, rodeados de hectáreas de olivos. Detrás de los palcos encontramos sillas y mesas dispuestas como en una terraza y nos sentamos a contemplar el panorama. El vigilante nos ofreció un té. Parecía habitual en esa medina. A la salida nos esperaba el taxista provisional que nos trajo. Fue en el interior del coche donde nos propuso visitar una feria de productos de herboristería, se realizaba una vez a la semana y terminaba a mediodía, estaba a punto de terminar, nos dijo.

L´Herboristerie

En la herboristería nos recibió otro hombre de una edad similar al taxista provisional, bien afeitado y derrochando simpatía en su impecable bata blanca. De nuevo nos sentamos en una sala y asistimos a una presentación de productos mientras tomábamos té. El herbolario empezó con una composición para aliviar la congestión nasal y los procesos gripales que nos hizo inhalar y disolver en el té para comprobar sus inmediatos efectos. Había remedios para curar diversos males –la caída de pelo, el acné, las bolsas de los ojos, el estreñimiento, la psoriasis, el sobrepeso, problemas sexuales– en un periodo entre siete y catorce días.

Después de la exposición tocaba elegir los productos que a cada cual le interesaban. Luego venía la información de los precios. Aquí el precio estaba fijado y no daban pie al regateo. En el grupo nadie parecía tener tal intención, impacientes por curar nuestros males presentes y los que nos vendrían en el futuro con remedios o sin ellos. Casi todos nos llevamos de todo. Quien menos productos se llevó lo hizo por la más sencilla de las razones. La gran sorpresa fue Enrique, que durante el viaje apenas había mostrado interés por nada que no fueran los aspectos culturales y turísticos de la ciudad, ni siquiera por los pañuelos que nos enloquecieron a los demás. Ya le atribuía la integridad de mi amigo Víctor, de esas personas que se mantienen al margen de los impulsos y corrientes

en los cuales sucumbimos el resto de los mortales. Por eso no pude evitar cierta pesadumbre al verle coger una barra de labios para regalársela a su ex novia. No imaginaba a ese hombre de mundos regalando semejante objeto a una mujer. Algo había pasado, y sospeché de la sustancia que inhalamos, de la que bebimos en el té, del aceite energético que nos frotaron en las frentes.

Fuera de la herboristería, conscientes de que habíamos caído de nuevo en algún tipo de red –la herboristería no era una feria, sino el inicio de la misma historia de la fábrica de cuero, con un narrador y espacio distintos, y sería la razón por la que no nos dimos cuenta–, nos reímos de nosotros mismos. Entre risas y lágrimas Eva repetía, «Pero hemos pasado un buen rato». Era la impresión que preferíamos mantener.

Hamman

Si algo tuvo el poder de liberarnos de cualquier sentimiento negativo de la medina y su gente y convertir el viaje en idílico fue el *hamman*. Mientras mi cuerpo, recostado en una encimera de cemento, recibía el calor de la piedra y le rasgaban la piel y lo ungían de esencias y revitalizaban sus músculos y articulaciones en un intenso masaje, mi mente, en esa última tarde en Dar Nimbús, ya añoraba volver. No había recorrido la muralla ni había ido al desierto ni me había comprado la chilaba...

20. Bara

Viajaba a Bara una vez más de tantas, pero me sentía especialmente susceptible. Volvía al lugar del que partí. El tiempo había sido tozudo, las sequías se alargaron, las lluvias tardaron en escampar; había tardado en la búsqueda de conceptos con los que configurar mi vida y huir de la vacuidad. Volvía a casa, al pueblo, a mi universo de realidades y abstracciones.

La terminal del aeropuerto de Bara era una enorme estructura de unos diez metros, con techo de dos aguas, diáfano en la parte alta y la baja dividida en compartimentos donde estaban los controles, la sala de recogida de equipajes, la sala de espera y el bar. Comparando con mi último viaje sólo se mantenía la pista; tampoco vi al perro policía, al que daban una enorme cantidad de proteínas animales por meter su horrendo hocico en equipajes de mano ya revisados por sus homólogos humanos. El recuerdo me trajo de nuevo la sensación transgresora de entonces, las mujeres llevamos en los bolsos nuestra vida y la de la humanidad.

En el control policial me preguntaron por mi nombre y apellidos, mi profesión y dirección en Bara. Quise decirle al agente que mi nombre es Nanguan. Pero sabía que no me lo reconocería, hacía tiempo que no utilizábamos esos nombres, a pesar de las palabras de Animan: «esos nombres son nuestra alma...» Dije que era técnico social, porque aparecía así en mi último contrato de trabajo en Mintima, a nadie en nuestros días le gustaba tener

como profesión «sus labores». Aunque me preguntaba, qué importancia tendría la profesión, tan cambiante y poco acertada en la mayoría de los casos, en las afiliaciones y registros de las personas. Iba a vivir en Lía, mi pueblo, allí se llegaba a las casas por referencias familiares o personales –el patio de los Mbuozun, el patio de Ndjag– o indicando al taxista por donde tenía que pasar.

Mabeemang

Yendo hacia Lía, pasamos por la zona que antaño fuera Mabeemang –pueblo cercano al mar– cuyo último patriarca fue Billi Ngund, de la gran familia *Sá-mpule,* a la que pertenezco, y cuya época es recordada como la de mayor esplendor del pueblo. De ese Mabeemang solo me quedaba el recuerdo del árbol de atanga y el de Bisabinga, la última *keiza* de Mabeemang, nieta de Billi Ngund. Ese árbol reunió a toda la familia, desde cualquier lugar donde vivieran, para recoger y repartirse su gran cosecha; recordaba que, siendo niña, en cierta época del año llegaban a nuestra casa enormes bolsas de su fruta. Con el paso del tiempo el árbol fue disminuyendo su cosecha y se fue secando a medida que las familias dejaban el pueblo, vendían, mal vendían y se les expropiaba las tierras, y se destruían vínculos y manifestaciones culturales, cuando apenas se empezaba a recuperar la memoria de las naciones después de la lucha contra las tribus de ultramar. «Son nuestros pueblos». Le había recriminado Mii a la autoridad en una de sus decisiones; era el único miembro de la gran familia que quedaba viviendo en Mabeemang.

Tras la muerte de su abuelo, Bisabinga dejó de ser una *keiza* –princesa de cuentos–, tendría que caminar por los senderos que veía tomar a las demás jóvenes del pueblo desde la ventana de su casa, inconsciente de sus tramos y obstáculos. Las demás iban a buscar agua en los pozos, leña en el bosque, a acompañar a sus madres a las fincas, a vender en las calles. Sintió miedo. Fue la primera vez que le vieron un brillo especial en los ojos y las voces lo comentaron. Bisabinga medía más de metro setenta de estatura,

su cintura parecía la de una avispa, su piel tenía el color de la miel; hablaba con ademanes tranquilos, matizando cada palabra; caminaba sigilosa, como si apenas quisiera pisar el suelo. Realmente me parecía una *keiza*. Las veces que me encontraba con ella y después del abrazo que nos dábamos por los lazos que nos unían, me quedaba parada, mirándola, hasta que se perdía de mi visión; lo mismo les pasaba a los que se cruzaban con ella y no disimulaban el giro de sus cabezas o los silbidos; pero ella seguía su camino, ajena o acostumbrada a esas atenciones. Contaban que había días que no podía levantarse de la cama, un intenso dolor de cabeza la retenía; en días como esos, reaparecía ese brillo en sus ojos formando diminutas cruces doradas en medio de sus retinas bañadas en lágrimas, por mucho que se esforzase en disimularlas, mostrándose afable con las personas que iban a visitarla; algunas de esas recaídas se prolongaban durante semanas, incluso meses; los médicos no sabían decirle lo que padecía. Conoció a un chico y se enamoró; tuvieron una hija, luego otra. La última de las niñas tenía pocos meses cuando encontraron al padre ahorcado en su propia habitación; dijeron que se suicidó, aunque la noche anterior estuvo tomando copas con un grupo de amigos y no le notaron ningún pesar; no dejó ninguna nota y nada se supo de los motivos que le llevaron a cometer semejante acto; los que vieron a Bisabinga sentada al lado del cuerpo sin vida de su amado notaron las doradas cruces en sus ojos. Contaron que se le intensificaron los dolores, en la cabeza, también en el corazón, y cansada de hospitales y consultorios médicos buscó otras ayudas; que su vida se fue apagando mientras se desataban los nudos que la hubieran mantenido en ella; murieron las niñas por una intoxicación y ella las siguió. No había cumplido treinta años y la suya fue una vida de cruces.

Lía

Se podía llegar a Lía por tres vías. Tomando la carretera hacia el barrio Ngul hasta el palacio de congresos y girando luego a la

derecha. Por la entrada «San Agustín», como lo llamó el taxista, una carretera de nueva construcción que pasaba por antiguos pueblos –Bimil, Ngüebuarg, Fugwundi– convertidos en barrios o zonas y renombradas por sus nuevos pobladores. Siguiendo el paseo marítimo –reconstruido y ampliado, pronto empezaría en la desembocadura del río Ntondo y llegaría al puerto de Bom, según decían las voces– hasta el cruce con el mercado Manduaagsi, donde había que girar a la izquierda, traspasar la calle del mercado y el barrio Minwanda.

Lía ma Sala –como lo llamábamos los nativos del pueblo, en honor al que debió de ser uno de sus fundadores– convertido en barrio, estaba bien comunicado, con entradas y salidas hacia el centro urbano, otros barrios y pueblos cercanos. Muchos de los antiguos senderos y carreteras de barro se habían ensanchado y asfaltado, con ello habían aumentado las edificaciones, la población y el tráfico. En el pueblo vivían familias de los tres grupos étnicos del distrito y, a raíz de la coyuntura económica, habían llegado personas de otros países del continente, jóvenes en su mayoría y de ambos sexos, que realizaban los trabajos que ya no querían los autóctonos. La vida en el pueblo mantenía su forma esencial: la gente iba a trabajar o realizaba sus quehaceres por las mañanas; por las tardes estaban en las casas, las mujeres sobre todo, o en los bares de las esquinas; el domingo iban a misa para compartir sus oraciones o buscar la complicidad del santo patrón de la capilla del pueblo.

La capilla de Lía, dedicada a San Pedro, acababa de ser reformada con una donación personal de un joven político natural del pueblo. «Ya tenemos algo». Añadió mama Dadi en el momento de darme la nueva. Me dio qué pensar: Era un hecho tangible, los que más se recordaban en el pueblo; difuso en las memorias quedaría el recuerdo de Saum, de Ndjaag y otros dinamizadores culturales que tuvo el pueblo, labor que requiere constancia para evitar que los pueblos caigan en la apatía; Mangute acababa de fallecer, llevándose la estela del último gran equipo de fútbol que representó al pueblo más allá de sus límites; Durg-Durg estaba casada y ya no podía bailar *nzanga*; el cielo se había nublado en

Lía, de eso hacía mucho tiempo, y las estrellas, frustradas por su escaso brillo e ignoradas por los astros acababan buscando constelaciones terrenales.

En la capilla se celebraba una sola misa los domingos por la mañana, acompañada por un coro de jóvenes que cantaba en la lengua común y otro de mujeres, en edades diversas, que cantaba en lengua Bisio. Durante la misa, las personas parecían mirar hacia sí mismas, desnudas y sin posesiones, al encuentro con aquello que determinaba su felicidad y su desgracia. «Somos nacimiento y muerte, es nuestra verdad». Dijo el sacerdote en su homilía, y se entretuvo en alentar el entretanto.

El domingo, y después de la misa, era un espacio donde la gente se encontraba, luego de las obligaciones de la semana o de las circunstancias que les hubieran mantenido ocupados. Allí me encontré con Luanga, la mujer que fuera representativa de los valores que quería la comunidad en sus mujeres. Nunca dio razones para que se hablara de ella; se mantuvo casada con el mismo hombre, el padre de sus nueve hijos, hasta que este falleció, y nunca le faltó el respeto –lo cual significaba haberle hecho algún reclamo, hiciera lo que hiciese. Luanga acababa de jubilarse de su trabajo en una institución oficial después de más de treinta años de servicio, trabajo que le permitió ejercer su profesión de administrativa y tener la independencia económica con la que contribuyó en el proyecto familiar más allá de los requisitos de la igualdad; su jubilación simbolizaba a su vez un tiempo que se acababa.

También me encontré con Suaya. Estuvo entre las pocas mujeres que se atrevieron a manifestar la necesidad de promover cambios en algunas de nuestras concepciones, en un momento en el cual tal actitud era calificada de «política» y tenía severas implicaciones y consecuencias. Igual que sus compañeros de ideales compartidos, pagó el precio del miedo a lo desconocido, inherente en los hombres y mujeres de todas las sociedades. Siempre admiraría esa actitud en ella. La política, esa esfera social que tiene entre sus funciones la toma de decisiones que afectan la vida cotidiana de todos, era un asunto demasiado importante para dejarlo a un solo

género. Hoy podía contarlo; seguía ejerciendo su profesión de maestra, lo suyo era también vocacional, aunque fuera en una escuela privada.

Quise preguntar por Nalang ma Nkua, pero no encontré a ningún miembro de su familia entre la gente que había asistido a misa. Durante una temporada fue la encargada de conducir el espacio de noticias en lengua Bisio en un medio de comunicación oficial. Llamaba la atención su vestimenta, sus trajes típicos bien confeccionados; su maquillaje embelleciendo una cara hermosa de por sí; su dinamismo moviéndose en los espacios que debieran de ser comunes pero que a las demás nos acobardaban. Los momentos estelares eran los primeros minutos de su aparición en el plató, cuando la cámara acercaba su imagen lentamente a primer plano y una vez era consciente del plano que ocupaba, saludaba al público objetivo de esa emisión de los informativos nacionales e internacionales, añadiendo algún calificativo para los jóvenes, hombres y mujeres y un saludo a los mayores de todos los pueblos Bissio que la veían. Desde el otro lado de la pantalla, a los que nos llegaban las noticias y las imágenes acompañadas por su voz, nos llegaba también un pedazo de nosotros de la nación de naciones en la que parecíamos enajenados.

De camino a casa, luego de la misa, reparé en un cuarto abierto y desordenado, la puerta daba a la calle. Mi memoria me devolvió a más de tres décadas, al mismo cuarto, el mismo desorden y a su dueña. Varias generaciones crecimos con el miedo a pasar por delante de ese cuarto los días que anunciaban cambios en el ciclo lunar. Kuma vivía en su propio mundo, con seres de aquí y de allá con los que conversaba, discutía y se peleaba; no distinguía a los seres de cada mundo, decían las voces. De entre las razones con las que explicaban su estado estaba su *kaag*–proyecto personal no realizado. Djina, una joven del pueblo, contaba que un mediodía la encontró en el patio con un machete en la mano, sacudiendo los brazos, peleándose con uno, otro y otro de sus atacantes. Sólo estaban las dos en la calle. Disimuladamente, Djina quiso dar la vuelta cuando la oyó decir, «pasa y ve a lo tuyo». Djina giró de nuevo

para mirarla y, efectivamente, Kuma la estaba hablando a ella. Kuma no hizo daño a nadie, almenos que se recordara. Me preguntaba qué solución hubiera adoptado la comunidad si lo hubiera hecho.

Nawara acababa de volver al pueblo después de pasar más de cuatro décadas en Mintima. Se fue en la época de las milicias juveniles, de la gimnasia masiva con profesoras asiáticas, la de los sonidos que llegaban del otro lado del río Ngul. Después del primer tres de agosto la vi varias veces por el pueblo visitando a la familia. La recordaba imponente en su esbelto cuerpo, su tez de ébano, sus rizos naturales y mi impresión de que hablaba correctamente la lengua común. Esa mañana, de paso hacia casa luego de la misa, la vi sentada en su abacería recién construida al lado de la casa de su padre, con la experiencia de los años y de la vida en otras latitudes como su mayor posesión. Había sido capaz de sobreponerse a las voces, a las expectativas de los demás, a las justificaciones de la ausencia, a las comparaciones, y allí estaba, en el pueblo y con los suyos.

Nalien estaba también de vuelta al pueblo después de dos décadas viviendo en Nanpú, para realizar su sueño de ser alcaldesa de Bara. Lo tenía desde que éramos adolescentes. Nunca entendí a quién quería modelar. En la historia reciente pocas mujeres se habían presentado como candidatas al puesto, por mucho que pareciera alejarse del patriarcado imperante en los pueblos; la más notable perteneció a una coalición de partidos políticos de oposición, y las voces comentan que fue mínima la diferencia en los votos respecto del candidato del partido oficial que finalmente ganó el puesto en dichas elecciones. Era un puesto reñido, incluso entre las etnias del distrito, cuyos miembros parecían sucederse para ostentarlo en los últimos años. El único requisito que Nalien cumplía, indiscutiblemente, era el de ser nativa del distrito; los demás requisitos tendría que conseguirlos luchando frontalmente, entre otras, contra las cuestiones de género, la etnia, la dualidad tradición-modernidad. No sería fácil. Ningún diagnóstico de las necesidades del distrito, por excelente que fuera, o el compromiso de una apropiada gestión de los recursos, como ella matiza-

ba, sería suficiente. Ella lo sabía. Igual que sabíamos las demás que en Bara, por esos días, los gritos de las mujeres se habían convertido en los sonidos de los atardeceres y alguien tenía que plantear la cuestión.

La vida de las familias, vista desde los resquicios de sus puertas y ventanas, mantenía pautas que se alejaban de las costumbres y también de los requerimientos del nuevo contexto social. El cuidado de los niños, la gestión de la basura –nuestros residuos habían dejado de ser sólo orgánicos, cáscaras de vegetales, tubérculos y frutas, restos de pescados y carnes, que tirábamos en los traspatios y se descomponían en pocos días–, el control de los pozos de agua, la compra-venta ambulante de comidas preparadas y bebidas refrescantes, quién controlaba su manipulación, eran algunas de las cuestiones que me planteaba mientras recorría las calles del pueblo, algunas todavía sin asfalto y soportando las inclemencias del tiempo, observando a un lado y a otro la evolución de las familias y con ellas la del pueblo, mirando con menor complacencia la proliferación de casas de cemento, más sólidas que las antiguas de madera y barro cocido.

Muchas familias habían perdido sus tierras en Nzamguila donde, durante años, produjeron los alimentos básicos para el consumo de sus hogares y excedentes para intercambiar en los mercados. Lo decía la canción: «*nzamguila yi kuar bidiu...*», Nzamguila era tierra fértil, allí se podía plantar todo tipo de alimentos y recoger la cosecha pocas semanas después. Se la cantaron a Kanabio como castigo, cuando infringió la principal de las normas de la comunidad cogiendo alimentos de fincas que no eran suyas. Eso le decían. Kanabio pasaría el resto de sus días soportando la canción y a las mujeres que la cantaban en ceremonias de nacimientos y matrimonios. La canción afectaría de igual manera a su descendencia y resto de su gran familia. Sooguia, siendo novia de mi primo Tata, la cantó en una ceremonia y Ama, mi tía abuela, la reprendió.

El viejo Biguerg, antes de morir, avisó del peligro que supondría para las familias el hecho de quedarse sin las tierras de Nzamguila y propuso que pidieran la protección de las mismas a la autoridad

central. Pero ya entonces, el pueblo no se organizaba con fines genéricos. Sin Nzamguila, algunas mujeres se incorporaban al servicio doméstico, ayudando a las otras con mayor poder adquisitivo –esposas, funcionarias, empleadas de empresas– confiadas únicamente en la bondad, sin conceptos ni normas que regulasen la relación laboral. Las que hablaban medianamente el idioma común servían en casas de extranjeros en las mismas condiciones. La mujer de Ngua, que apenas había cumplido cuarenta años y tenía la fortaleza física propia de las mujeres del interior de la región, pasaba el día sentada junto a la mesa que tenía colocada delante de la puerta de su casa, con productos –cebollas, ajos, picantes– para socorrer a las pocas mujeres de la zona en su quehacer culinario o chapeando el pequeño espacio que quedaba al lado de los senderos que servían de atajos, pretendiendo plantar yucas y plátanos en las épocas en las que se escuchaba el grito de los mercados.

Las mujeres seguían organizando sus *ndjangues,* como forma de ahorro, generación de capitales y vida social. Formaban grupos y fijaban el importe que podían ahorrar. La entrega se realizaba al principio o final de cada mes a una sola persona, en función de un orden previamente establecido, generalmente el orden de inscripción, aunque dicho orden se podía modificar por requerimiento de alguna necesidad. La persona que recibía el *ndjangue,* una suma de dinero, lo podía invertir en algún proyecto –un negocio, la mejora de su casa, una celebración familiar, ingresarlo en una cuenta bancaria. Me acordé del grupo de *ndjangue* que formaron mi madre y sus amigas a principios de los años ochenta, lo llamaron «cotización», tal vez para diferenciarse, poniendo algún acento de la lengua común, de las denominaciones que el mismo acto recibía en otros países del continente, «*tontina*» lo llaman en los países del oeste. Cuando le tocaba a mi madre, ella pasaba los días anteriores organizando la casa, cambiando la decoración, preparando distintos platos. Los niños disfrutábamos de esos encuentros con nuestra propia mesa de pasteles y gaseosas y esperando la llegada de los primos.

Se mantenía la inquietud de las familias por sus mujeres en la franja de los doce a los dieciocho años, por lo que implicaba en su desarrollo físico y emocional; por los cuidados que debían recibir de la casa, la escuela, la comunidad y la sociedad; por las perspectivas y opciones sociales de su género. Pasadas esa franja, se lamentaba los peligros que no se supieron medir, en voz baja para no exponerse demasiado, pero era inevitable la confrontación, la mirada hacia las cosas que pudieron ser de otra manera; y había que asumir el pasado como parte del camino que se traza, inconscientes o no de las elecciones, o disfrazarlo en falsos logros. Sin embargo, en Lía las familias ya no daban noticias de los peligros; las experiencias ya no se construían a través de los relatos contados por los mayores; la casa ya no era el lugar de la conversación; estaban siendo sustituidos por el silencio o los relatos de las tecnologías.

La pequeña Malúa, con tan sólo diecinueve años recién cumplidos, le había dado a su madre el mayor de los disgustos de la vida de esta. La mandaron a Nanpú para que fuera a estudiar, viviendo en casa de su tía. Al poco tiempo, el suyo se convirtió en uno de los nombres más mencionados en la chismografía de la ciudad, congosá lo llaman. Estaba en esa edad intermedia entre la adolescencia y la juventud, edad que sigue siendo del pavo. Salía a la calle con la arrogancia de quien sabe que posee algo que las demás envidian, tenía un cuerpo bonito y que atraía distintas miradas. Congosá informaba de sus salidas como si fuera a pescar y que en sus redes caían peces gordos. Eso no parecía importarle. Hasta que le llegó el momento de hacer el viaje de delirios, al encuentro del príncipe de los sueños, el ser dador que cubre todas las carencias. Él sería unos seis años mayor que ella, venía de estudiar en un país de renombre, hablaba idiomas y tenía un porte que dejaba prever un futuro vestido de chaqueta, corbata y maletín, yendo al despacho conducido por un chófer y una secretaria. Malúa debió verse a sí misma esperándole a la vuelta del despacho, asistiendo de su brazo a las recepciones del tres de agosto y el doce de octubre vestida con un traje a medida. Y empezó a preocuparse por lo que congosá le contaría de ella y se adelantó confesándose y pro-

metiendo cambiar. «Ya tengo lo que buscaba». Le dijo. Dejó de ser la reina de las calles. Congosá la aplaudió también y la consideró un modelo de los efectos curativos del amor. Pero a esa edad cansan las rutinas. Una tarde él fue a buscarla sin avisar y se encontró con que las promesas no se estaban cumpliendo. Salió dando portazos. Ella debió de sentir que se le apagaban las luces y tal vez pensó que no podría caminar de nuevo por las calles, acechada por miradas que sabría descifrar. Seguía estando en la edad del pavo y a esa edad tampoco se sabe esperar. Si se hubiera esperado, hoy seguiría paseando su cuerpo, mejor moldeado, y hubiera asistido a las recepciones del tres de agosto, del doce de octubre o cualquier otra recepción, con él, con otro o sola.

Cualesquiera que fueran sus recursos, las mujeres de Lía, en su mayoría, optaban por organizar sus vidas –construir sus casas, tener a sus hijos– en el seno de sus familias, en torno a los hombres que no podían elegir el momento que acababa su relación con ellas y debían irse de su lado o las sustituían por otras. La formación de la familia nuclear, en sus formas tradicionales, acusaba la inseguridad de las convenciones y normas que lo regulaban y dejaba en entredicho un cúmulo de cuestiones. Bajo sus propias columnas y ventanas, miraban con otra perspectiva sus conflictos de siempre, la relación consigo mismas y con los padres de sus hijos. «No es la mejor opción, tiene vacíos, pero vale más que una vida de disciplinas unilaterales.» Comentó Nadang, una joven perteneciente a una nueva generación de mujeres, que con la misma o más formación que sus compañeros de instituto, querían participar en igualdad de condiciones tanto en el ámbito privado como en el público.

Mangsi

Salí una mañana con el propósito de visitar el casco urbano de Bara, esa parte que llamamos *mangsi* –mar abajo– porque Bara mira hacia el mar, aunque su gente viva de espaldas a ella; es la

parte que se considera ciudad y se diferencia de los pueblos. Decidí hacer el recorrido a pie, quería aprovechar las primeras horas de la mañana, los rayos todavía débiles del sol, de un sábado, sin el tráfico de los días laborales. En los días normales Bara bullía desde las cinco de la mañana, la gente ya estaba despierta o saliendo a sus quehaceres, sólo los funcionarios y el personal administrativo de las empresas esperaban el horario oficial, poco coherente con las condiciones atmosféricas de la región del mundo donde nos encontrábamos.

Mi tía abuela Nandung, muy entrada en los ochenta años, ya estaba sentada en la terraza de su casa. «¿Adónde vas tan temprano?». Me preguntó. En los últimos años, cada vez que me despedía de ella, me recordaba que se estaba yendo, que tenía un pie en el otro mundo. Trataba de minimizar el drama contenido en sus palabras animándola a caminar y comer sano. Más me arrepentía por no encontrar el momento de sentarme con ella, para que me contase cómo había vivido sus ochenta largos años cuidando de su hija, su decena de nietos y sus decenas de bisnietos y tataranietos. Con ella se iría un cúmulo de conocimientos, la experiencia de las mujeres a través de sus periodos.

El campamento militar de Lía seguía en el mismo sitio, pero sin la presencia que tuviera en décadas anteriores. Las subidas y bajadas de la bandera de la nación acompañadas por las notas del himno nacional saliendo de alguna trompeta o corneta, un agudo sonido que irrumpía las mañanas y las tardes, formaron parte de la vida del pueblo, lo mismo que el miedo a pasar por delante de la puerta principal del campamento y la incomodidad de encontrarte con alguno de sus agentes, estuviera o no de servicio. Se debía parar hasta que cesara el himno y la bandera estuviera subida o bajada, sin que importase si se era médico, comadrona o juez. El campamento ya estaba encerrado en un muro que lo separaba del pueblo, y con eso parecían haber quedado enterrados, con total impunidad, la enorme cantidad de atropellos que causara al pueblo y a su gente.

En el cruce de carreteras de Lía, el corazón del pueblo, y a pocos metros del campamento donde ondeaba la bandera de la nación

de naciones, un joven relacionado con el pueblo, puso la bandera de su partido político, distinta, encima de una caseta que le servía de sede y donde pasaba el día buscando afiliar a la gente del pueblo. En el ambiente de esos días, de hacía más de dos décadas, a mediodía el sol del trópico extendía sus rayos por todos los rincones, a medianoche los iniciados pujaban por las almas indecisas, y en el canto de las aves nocturnas se percibía el aviso del peligro en el decir de los hombres. Recordé que en esas noches no conseguía dormir. Me azotaba la historia del pueblo de Jandje, que había escuchado de las voces; también los latidos en el lado izquierdo de mi pecho. El joven que se sentaba en la caseta, de buena presencia y distinción, trastornó la tranquilidad del pueblo y de la generación de mujeres que no coincidimos con él en el instituto, ni conocimos la época de los primeros partidos políticos, ni a los líderes que nombraban las voces o los libros, ni habíamos escuchado los discursos sobre la igualdad de géneros en la participación política que él profesaba. Estaba en esas, sin poder conciliar el sueño, cuando mi tío Ngun se tomó toda una tarde, dejando de lado sus eternas reparaciones de la casa y los muebles, para hablarme de cruzadas; las cruzadas políticas podrían tener peores resultados que las religiosas, dijo, y de las historias de amores trágicos que leyó durante su estancia en el seminario de Banapá. Años después, las aves, como casi siempre, mostraron el mensaje contenido en su canto.

Tomé la carretera hacia Minwanda. Costaba reconocer las fachadas de los antiguos patios y casas. En el límite de Lía y Minwanda apenas quedaba rastro del patio de Bondum, la mujer de la que decían, revolucionó el pueblo con un negocio disfrazado de bar y restaurante en plena época colonial. En él acudió personal de esa empresa, que durante el día rezaba al santo patrón de la capilla del pueblo y por la noche eran animistas; pero el resultado de ese sincretismo sólo lo reconocieron los animistas. Bondum había fallecido, dejando en mi memoria, y eso que la conocí cuando ya casi era una anciana, el recuerdo de una belleza prodigiosa. Era inevitable recordarla al pasar por ese lugar que fuera de ella.

Desde el lugar donde estaba el patio de Bondum y justo donde tenía el bar-restaurante, al lado del río, Lía ma Sala empezaba con

una ligera subida, como si el pueblo se hubiera asentado encima de una pequeña montaña y entre dos ríos. Ese lugar ofrecía otra perspectiva del pueblo, desde allí también se podía divisar su evolución. En el cambio de las antiguas casas de madera y barro por las de cemento, algunas con más de una planta, se descuidaba la identidad cultural del pueblo. Más allá de los signos lingüísticos que utilizábamos sus nativos, el coro de la capilla y el *nzanga* que bailaba un grupo de mujeres en algunas ceremonias, costaba encontrar «lo Bissio» en los negocios y en las calles del pueblo. Las dimensiones económica y urbana de la cultura se tenían por colaterales, lo mismo que el ejercicio de los talentos, fueran estos innatos, heredados o adquiridos.

Manduaagsi a esas horas de la mañana tenía su aspecto habitual de cualquier día de la semana, un hervidero de gente hablando en diversas lenguas y tonos; coches, camiones y carros; productos de todo tipo tendidos en cualquier rincón. En la sección de alimentación, donde estos debían estar expuestos encima de tarimas y bajo casetas de madera, apenas se podía recorrer los pasillos, la gente se empujaba para pasar. Recordé la época, allá en la década de los noventa, cuando se trasladó el mercado, esa sección de alimentación, desde la zona donde inicialmente se construyó, justo al otro lado de su posición actual, con el objetivo de reformarlo. Iban a cambiar la estructura, lo harían más grande, dijeron. El alcalde de la ciudad que ordenó el traslado –orden que debían respetar todos los comerciantes– era de Lía. A pesar de las críticas –momentos en los que suele aflorar nuestra subyacente problemática social de las etnias– parecía un proyecto interesante y muchos esperamos expectantes su resultado. En el momento de darme de codazos para pasar entre la multitud, me preguntaba quiénes fueron los verdaderos beneficiarios de dicho proyecto de reforma. Manduaagsi parecía el retrato de algún disfraz, una contradicción o la inclinación a un lado de la balanza de nuestra dualidad cultural. Allí se vendían los alimentos que comíamos muchos, desde cualquier esfera social y posición económica, aquellos que no se vendían en los supermercados.

Al cruzar la calle y tomar el paseo marítimo, fue como si hubiese cruzado alguna frontera y llegado en otro mundo, cambiaba el paisaje y cambiaron mis percepciones. Serían los efectos del mar, tranquilo a esas horas del día, proyectando un intenso azul que se juntaba con el cielo en el horizonte. La gente caminaba o corría en una dirección y en otra, recibiendo el sosiego que ofrecía el panorama. Recordé que por allí, encima del espigón de un viejo puerto, hubo un negocio, un hotel cuyo nombre se podría traducir por «vieja cala» en lengua Pong, y en cuyos salones se celebraban bautizos y bodas, y muchas veces pensaba que ese debía de ser uno de los puntos donde se fundó la ciudad, sobre una aldea de la etnia Ndue.

El paseo marítimo se juntaba con la calle Lumu Matindi, en honor al primer alcalde nativo que tuvo la ciudad, y juntos recorrían un buen tramo. No recordé ninguna vivencia en esa zona, a pesar de que era de un pueblo cercano, del que podía venir caminando en pocos minutos. En el pueblo percibíamos la ciudad como una amenaza. Ese sentimiento venía de épocas anteriores y de las situaciones que allí quedaban impunes. El pueblo aportaba cierta sensación de seguridad, tal vez por el hecho de estar cerca de los tuyos. Algo hay de sublime en ese hecho, como en la actitud del niño que mira a su madre mientras le succiona el pecho, será la necesidad de dar noticias a los nuestros, esas personas que necesitan saber que existimos. En el pueblo siempre estaba algún *saake,* alguien que imitaba al personaje de los cuentos, deambulando por los traspatios, escuchando detrás de las puertas. Nandung me había visto salir temprano, ambas podrían llevar mi noticia a los míos.

Mi tía Namba fue el único miembro de mi familia que vivió en mangsi con sus hijos. Cuando mis primos venían al pueblo, de visita o a pasar alguna temporada, veía en ellos un talante distinto, lo mismo que su vestimenta. Tenían más información que nosotros, la que obtenían de productos culturales como el cine Oka Ngon, a pocos minutos de su casa, del contacto con los extranjeros que frecuentaban el bar Central, el antiguo club de tenis, el hotel Panáfrica, las tiendas Martinez y Hermanos, o los supermercados Santy. En la calle Lumu Matindi, encontré un centro cultural y

justo a pocos metros, enfrente del hotel Panáfrica, había otro, los dos dinamizaban la cultura de toda la ciudad, y de todo el distrito; allí estarían los libros, las imágenes, los cuadros; referencias de otras vidas con las cuales podíamos reconstruir las nuestras, paisajes recreados cuando la naturaleza dejaba de ser accesible, el viaje a otras épocas y la necesidad de un pasado con el que apreciar nuestro presente.

Ese paseo marítimo era uno de los lugares de Bara donde se podía invocar a las *keizas* poseedoras de belleza y de eros. Chinde las describía diciendo que tenían el pelo muy rizado, lo llevaban corto o trenzado; se ungían con aceites naturales que le daban una textura y brillo especial a su tez de ébano; mantenían el pecho firme, eran mujeres sin edad; una falda de hojas de palmeras trenzadas rodeaba su cintura de avispa y escondía sus protuberantes caderas, dejando descubiertas sus piernas redondas como troncos de árbol de calabó; se movían con parsimonia hacia quien las hubiera invocado y la llevaban una cesta que contenía elementos de los reinos de la naturaleza, entre los cuales la invocadora debía elegir aquél con el que más se identificara y seguir sus señales.

Durante mi recorrido me encontré con gente trabajando en las construcciones, técnicos y peones de obras. Se levantaban enormes edificios que servirían de viviendas y zonas de ocio. No vi ningún rostro que me resultara familiar. Sería porque era sábado. Las voces comentaban la situación del trabajo y las opiniones diferían entre los que lo ofrecían y los que lo demandaban; un joven venido de Mintima llevaba un año entregando currículos a mano, allá donde le decían que tenía un familiar trabajando; el asunto se acababa de tratar en una conferencia con carácter nacional, los carteles que la anunciaron seguían en las calles. No era en vano que el trabajo caracterizaba la reproducción de los hombres y por tanto de las sociedades.

Seguí mi recorrido hasta el cruce de la calle Lumu Matindi con la calle Mbogozogo, que durante años fue la principal de las calles de mangsi, frente al estadio La paz. Un poco más arriba del estadio, sin salir de la acera, seguía estando el edificio del ayunta-

miento, pronto lo trasladarían a otra ubicación, en una nueva construcción, decían las voces. Con la proyección de nuevos espacios la ciudad iba perdiendo sus antiguas referencias, sólo quedaría el trazado de las calles, tal vez, y las ciudades necesitan mantener su historia para contársela ellas mismas a quienes las visitan.

En la plaza frente al edificio del Ayuntamiento, un cartel anunciaba distintas direcciones. Las calles que ya había recorrido y cruzado, un barrio y el puerto a la derecha; un mercado hacia el norte; otra plaza a la izquierda. El barrio Kumandakina fue en su momento un pueblo mixto, decían que el nombre le venía de *kumanda i quiná,* indicando el lugar donde los gobernadores le hablaban al pueblo. *Makir ninin* –mercado grande– había sido trasladado, la zona de alimentación, a un pueblo a unos cinco kilómetros hacia el sur de Bara. Fue allí donde mi hermana Namatuerg y yo vivimos una escena que hizo que sonara en mi mente la melodía de la canción «Enza muan». La canción, en lengua Pong, expresa sentimientos de orfandad –estado de huérfano, falta de ayuda o favor–; la consideraba la mejor obra de su género que teníamos en Bara.

La melodía sonó en mi mente mientras íbamos en el taxi, de vuelta a casa, luego del mercado y del momento que allí acabábamos de vivir. En cuanto llegamos al mercado, un niño de unos siete años se acercó a nosotras. Tenía una edad parecida a la de mi sobrino, a quien habíamos acompañado esa misma mañana a realizar unas pruebas para iniciar sus estudios primarios; luego le dejamos en casa, donde pasaría el resto del día jugando con sus primos y ultimando sus vacaciones de verano. El niño se acercó con un carro más grande que él, ofreciéndose a llevarnos la compra a lo largo del mercado y luego al taxi. No fue el único niño que se ofreció, lo hicieron varios. Mi hermana le eligió a él y le pagó lo que podría ganar durante el resto del día y le dijo al taxista que le siguiera mientras el niño volvía a su casa, el hecho había suscitado celos en los demás. En el interior del taxi me preguntaba dónde estarían las madres de esos niños, dónde estarían los responsables de esa cuestión social. Y junto con la canción pasaban por mi mente los rostros de los niños.

La plaza al lado de una torre con un enorme reloj, seguía estando en su sitio, en la actualidad rodeada de bancos, comercios y edi-

ficios. De esa plaza guardaba uno de mis mejores recuerdos de Mangsi, cuando en ella se juntaban las danzas de todas las etnias del país para celebrar el día de la independencia. Esa plaza fue otro *kumanda i quiná,* fuera desde la tribuna construida justo debajo de la torre u otras que se colocaban en sus laterales. Allí hablaron representantes del santo patrón de la capilla de Lía y homólogos del rey de Nanpú. Hora hablaban aquellos que liberaron nuestras almas de la prisión a la que fueron sometidas, para que alimentáramos nuestros propios sueños recitando los versos de nuestro himno nacional.

En una de las calles que daban a la plaza y en una enorme mansión amurallada, en cuyo portal siempre había más de un vigilante, vivía Madigna junto a su numerosa familia. De vez en cuando se acercaba al pueblo de visita y atendía la enorme cola de familiares que se formaba para pedir ayuda de diversa índole. Madigna se casó a una edad temprana con un hombre que le doblaba la edad. Apenas había aprendido a leer, escribir y a realizar las tareas domésticas. Pronto tuvo su primer hijo y año tras año siguió teniendo hijos. Y año tras año le iban sucediendo otras esposas, la avisaban en el último momento. Pero tenía sus privilegios, vivía en la esfera social y económica más alta de la ciudad, era la primera esposa y madre de los primogénitos de la familia, gestionaba las compras del hogar y sólo ella asistía a las recepciones oficiales. Mostraba siempre un carácter tranquilo y sumiso ante los deseos y mandatos del esposo. Sin embargo, había momentos en los cuales no podía contener la ira por las veces que hubiera querido expresarse de otra manera, pareciera que tuviera que sopesar constantemente su afectividad con los privilegios de los que gozaba. Entonces rompía su habitual protocolo con algún acto, aunque fuera para liberarse de su propia opresión, y sorprendía a propios y extraños, incluso a sí misma. Uno de esos momentos coincidió con la llegada de otra esposa, habían superado la decena. Madigna consideró que ya eran un número suficiente, que el marido tenía que parar, teniendo en cuanta los tiempos y el sistema de producción. No vivían en el pueblo ni ellas trabajaban en las fincas. Sólo esperaban el día que le tocaba a cada una dirigir a las

cocineras, las limpiadoras, las niñeras y los choferes. Los tiempos coincidieron también con las noticias que llegaban de otras latitudes sobre las libertades que conquistaban las mujeres; una dama de un país vecino acababa de separarse de su marido, dejándole en el ejercicio de la más alta de las funciones de la empresa pública, para dedicarse a su vocación de artista, y el marido no había tomado represalias contra ella por la supuesta ofensa, según comentaban las voces que llegaban desde las fronteras que compartíamos. Madigna ya tenía cuarenta años y se disponía a descubrir un mundo cuyas dimensiones desconocía, el de las mujeres que se acostaban pensando en qué comerían sus hijos al día siguiente e intercambiaban cualquier cosa que tuvieran o pudieran ofrecer, el de esas que recorrían kilómetros con palanganas y cestas en la cabeza o la espalda con productos de su rudimentaria cosecha para venderlos en cualquier rincón de Manduaagsi, asechadas por disfrazados vigilantes públicos, y de lo poco que obtenían compraban petróleo, jabón y aspirinas, y si todavía les quedaba algo, algún cuaderno o lápiz como símbolo de la única esperanza que las mantenía. Madigna tuvo la precaución de pedir consejo a otra mujer que sí conocía los mundos que ella pretendía descubrir. Sería él quien decidiría su destino, si pasarla una paga o no, darla una casa e incluso permitir que los niños la visitasen, y él no iba a crear ese precedente, le dijo la mujer. Madigna se llevó una gran sorpresa y prefirió dejarlo todo en una intención.

De la plaza del reloj tomé la dirección hacia el antiguo edificio del gobierno provincial. Crucé la calle para contemplar de cerca el edificio y sus jardines y recordé la época en la que me parecía el edificio más bonito de la ciudad. Desde ese punto, frente al edificio y mirando sus jardines, un giro a la izquierda me devolvería a la calle Mbogozogo, la plaza de correos y de nuevo a Manduaagsi; un giro a la derecha me llevaría frente al cruce con la carretera que llevaba al hospital general. Mangsi parecía terminar en ese punto. El recuerdo del hospital me trajo el de Mabal, con quien me había encontrado la noche anterior por el pueblo y compartido una bebida sin alcohol. No me sorprendió ese cambio después del aviso que recibiera y las amenazas de Nanzuango si no cambiaba de hábitos.

Ocurrió pocos meses antes de nuestro encuentro. Mabal se preparaba para salir de casa. Durante el baño se sintió cansado, lo mismo al vestirse y cuando quiso meter el maletín en el maletero y resolvió dejarlo en el asiento copiloto. Pensó en las horas que tendría que conducir, debía viajar a Wull para asistir a una reunión con líderes comunitarios de la provincia, en el marco de sus funciones en la oficina de coordinación provincial situada en Bara. Se encargaba de la recogida y el examen, entre otros, de los proyectos para el desarrollo de las comunidades y de hacerlos llegar a las instituciones correspondientes. Mabal ejercía sus funciones con pasión, parecía enamorado de su puesto, aunque fuera consciente de que muchos de esos proyectos se quedaban en los cajones de los escritorios y archivos de los despachos. Los personalismos, la tendencia a subordinar el interés común a las miras personales impedía su materialización. En alguna ocasión se sintió molesto por una de esas propuestas silenciadas y que respondía a la problemática del agua, por su impacto en la alimentación, la higiene y la calidad de vida de las personas. Pero prefería evitar cualquier confrontación con las motivaciones que orientaban las actuaciones de sus compañeros y centrarse en seguir avivando el interés por el bien común y el desarrollo. Algunos barrios de Bara, y casi todo Wull y Kugu, seguían teniendo muchas carencias, a pesar del potencial de estas últimas ciudades, de las cuales se esperaba que las nuevas infraestructuras viales favorecieran su apertura, la movilidad de sus ciudadanos y hasta cierto turismo de la gente de Bara y Nanpú. En el camino Mabal notó de nuevo el cansancio y dudó si debía de continuar. Le faltaban varios kilómetros para llegar a Wull y ya había pasado por Bolondo, donde estaba el centro médico más cercano. La carretera estaba tranquila, ninguna turbulencia en el asfalto reciente, los pueblos parecían dormidos. A punto de desmayarse en el volante, viendo borrosas las señales de tráfico, se paró a un lado de la carretera. Pensó en su mujer, hacía tiempo que le venía sugiriendo que viajara a Mintima para hacerse una revisión médica y él había estado posponiendo el viaje; tenía previsto la construcción de otra casa, no era fácil encontrar en Bara a gente de confianza y comprometida a la que responsabilizar ese

tipo de gestiones. Nanzuango, su mujer, estaba especialmente preocupada desde que cumpliera los cuarenta y seis años. Le reprochaba sus malos hábitos alimenticios, que no mantuviera un horario en las comidas, que comiera a cualquier hora, cualquier alimento y muchas veces fuera de casa; pautas de comportamiento que él aludía a las formas de socialización y a la cultura, y que su mujer le rebatía señalando que en realidad eran pautas individuales. Mabal se lo reconocía. Eran las mismas recomendaciones que le hizo su médico la última vez que le visitó. Algo recuperado, Mabal llamó por el teléfono móvil a uno de los compañeros con los que se iba a reunir, se había retrasado, y le explico la situación, y le dijo que en cuanto llegara a Wull pasaría primero por el hospital general. Llamó también a su mujer y ante la insistencia de esta le dijo: «Ven tranquila». Fue lo último que recordaba haber dicho. Luego, no sabía precisar cuándo, escuchó el eco de una voz diciendo: «Necesita que le estabilicemos aquí». Eso fue antes de que su mente le devolviera, en imágenes traspuestas, el momento en que recibió el aviso, los cuidados que debía tener, las políticas que debería de impulsar, la indiferencia que no debería de mantener. En el hospital, Nanzuango repetía entre sollozos que su marido tenía un seguro médico en Mintima, que viajarían lo antes posible... «Pero necesita que le estabilicemos aquí». Le decía la enfermera.

Llevaba unas cuatro horas caminando, haciendo paradas, contemplando lugares y recordando vivencias. A partir de ese punto donde mangsi parecía terminar, empezaba la enorme periferia que en realidad formaba la estructura de Bara, la que recogía el éxodo rural que provocaba el abandono del campo y de los trabajos agrícolas. Esa periferia de zonas y barrios era lo que más gustaba de Bara cuando se le comparaba con Nanpú. En ella la gente podía tomar sus cervezas, sus caldos de pescado, *pepe-sup* o pinchos de carne, *soyas,* a cualquier hora del día, lejos de la rigidez de horarios y requerimientos de la ciudad. Venía gente de Nanpú a pasar los fines de semana en Bara sólo para perderse en su periferia. Nanpú ganaba en la urbanidad de su gente, que ya había incorporado a su vocabulario las palabras «gracias» y «por favor» que ni

siquiera utilizábamos en Bisio a pesar de su sencilla composición y sonoridad, *«awa», «susu»*. En Bara teníamos fama de rudos, la gente parecía enfadada en la calle, en los comercios, incluso el personal de la administración pública y los sanitarios; cualquier forma de abordarles, la simple petición de información sobre el servicio que prestaban habitualmente desataba incomprensibles reacciones. Cierto era que, esa actitud podía deshacerse al poco rato y resurgía en la misma cara un rostro distinto, bastaba alguna identificación o una reacción distinta de quien demandaba la información o el servicio. Qué era aquello que no sabíamos expresar, me preguntaba.

En mangsi también me encontré con los jóvenes, de ambos géneros, que a raíz de la coyuntura económica habían llegado de otros países del continente y realizaban los trabajos que ya no querían los autóctonos. Estaban en los grandes patios, trabajando en lo que fuera, incluso protegiéndonos de nosotros mismos. Sus caras me recordaban al joven al que escuché cantar una melodía mientras pasaba por la carretera, y a mí misma cuando me miraba la cara en el espejo por las mañanas, antes de salir a enfrentarme con condiciones climatológicas distintas de aquellas que me eran propias, lejos de las fronteras que me identificaban.

Desde la cama, acostada entre mantas, fiebre y temblores, escuché la melodía: «Niña, no enfermes ni mueras. Te has ido con él porque puede ofrecerte una casa con paredes de cemento y techo de zinc. Dame tiempo y podré darte lo mismo. Y sin reproches agradeceré a la vida si nos deja envejecer juntos. Niña no enferme ni mueras.» Imaginé a su dueño paseando por la carretera de tierra a pocos metros del lugar donde yacía mi cuerpo. Estaba en Makuerg, un pueblo a pocas decenas de kilómetros de Bara, pasando una temporada con familiares. No reconocí la voz que cantaba entre las de mis tíos y mis primos. La melodía no era para mí, pero le pregunté a la vida si podría ser yo la que envejeciera escuchándola. No pude salir de la cama para ver al ser de cuya voz había salido la melodía. Semanas después, en la celebración de una defunción que tuvo lugar en el pueblo y en la que actuaba una orquesta, tocaron una canción con la misma melodía acompañada por instrumentos musicales. El solista era un joven cercano a la

veintena de años, apuesto y guapo, de cuyos ojos saltaron lágrimas mientras cantaba la canción. Su voz era la misma que había escuchado semanas antes. En el pueblo todos conocían a la destinataria de la canción, una joven con la que él había crecido con el compromiso de casarse cuando ambos alcanzaran la edad para hacerlo, juntos fueron a la escuela del pueblo, recorrieron juntos las decenas de kilómetros de ida y vuelta diarios para poder seguir sus estudios en el entonces único instituto de enseñanza secundaria de todo el distrito, ambos no tenían padrinos que les facilitaran la estancia en magsi, ni dotes para alquilar una habitación en Etofili, Mbagan, Ndjonmolen o Sangai, los barrios, también por entonces, más económicos de Bara. En el momento que él cantaba la canción, la joven acababa de casarse con un hombre que le había dado la seguridad y el confort que el joven no podía darle. Me fijé en su cara y en su mano derecha cuando, después de cantar, la pasó por sus ojos lagrimosos. Pasaron varios años antes de que volviera a verle, con una barba de pocos días, en unas imágenes retransmitidas por la televisión pública, mostrando las caras de un grupo de personas, de varias edades y de ambos géneros, en un barco recién atracado en el puerto de Nanpú. En el barco iban centenares de compatriotas, detenidos por los agentes de seguridad en las calles, en los colegios de sus hijos mientras iban a buscarlos, en los hospitales y supermercados de un país vecino, a donde fueron a buscar trabajo, fuera para mantener sus vidas o cumplir algún sueño, en un momento en el que su propio país poco podía ofrecerles. En esos años, pocas empresas daban trabajo a la gente de los pueblos y a los jóvenes. Y muchos se habían asentado en el país vecino, con familias, hogares y amigos. La vida de los hombres no entiende de burocracias. Estaban indocumentados, eran delincuentes, fueron algunas de las razones por las cuales mandaron a la autoridad nacional a que fuera a recoger a su gente, le dijeron textualmente. El barco atracó en horas muy tempranas. Iba a ser un día soleado en Nanpú. Y mientras esperaban, custodiados y sin salir del barco, la llegada de la autoridad y su correspondiente discurso, en Makuerg, como en todos los pueblos de Bara, a esas mismas horas de la mañana, se abrían los

corrales para que sus habitantes salieran a buscarse su propio sustento. Durante la retransmisión televisiva y entre tanto escuchaban el discurso del jefe de la seguridad nacional, vi de nuevo al joven de la melodía en algún lado del barco, el estribor o el babor, llevaba las dos manos entrelazadas, como si fuera la expresión de la relación de los momentos en los que le recordaría.

Cogí un taxi para volver a casa, era mediodía, el sol se mostraba inclemente en la ciudad tropical. Una gran cantidad de coches llevados por conductores de dudosa formación vial circulaba por las calles. Iba rezando, dejando de lado las formas, para que llegase a mi destino, cuando el joven taxista me observó desde su retrovisor y sonriente dijo: «No se preocupe señora, llegaremos». Aproveché la alusión para preguntarle por esa manera de conducir. Fue como si hubiera estado esperando que alguien le hiciera esa pregunta. «Muchos de nosotros venimos de los pueblos, no sabemos leer ni escribir, conducimos por intuición... Necesitamos trabajar. Si nos pillan los agentes les damos lo que nos piden, sabemos lo que quieren... El anterior director de tráfico intentó cambiar las cosas obligando a todos los conductores a pasar por una autoescuela, incluidas las autoridades y sus esposas. Eso le habría costado el puesto. El nuevo director no era tan rígido...». El joven taxista siguió hablando y entre tanto se gritaban los unos a los otros desde las ventanillas de los coches. Pensé en la madre del joven de veintiún años que acababa de perder la vida en un desafortunado accidente mientras salía de clase, el taxi salió a la acera en el momento que él pasaba.

Al final de mi recorrido las palabras del joven taxista siguieron resonando en mi mente: «muchos de nosotros venimos de los pueblos, no sabemos leer ni escribir». No le había dado importancia a esos dos verbos por los que sentía verdadera pasión, aunque parecieran trivialidades de la condición humana. En la búsqueda de espacios y conceptos con los que configurar la vida, el lugar del que partimos siempre nos guarda alguna ventaja.

Esta primera edición de *Biyaare (Estrellas)*,
de Ángela Nzambi
se acabó de imprimir el 12 de octubre de 2015,
Día de la Hispanidad



C/. Bravo Murillo, 123 • 28020 Madrid (España)
Teléfonos 91 535 41 13 / 686 500 013
Correo electrónico: editorial@sialpigmalion.es

Edición a cuidado de Basilio Rodríguez Cañada
Cubierta: *Ángela Nzambi con fondo de cielo estrellado*,
Javier Orche, 2015
Diseño de la colección: Sial Ediciones Casa de África

ISBN: 978-84-15746-66-9
Depósito Legal: M-30970-2015
Impreso en España

Casa de África

Günter Tessmann
Los bubis de Fernando Póo

Ibia Dy'Ikengue
Costumbres bengas y de otros pueblos vecinos

Íñigo de Aranzadi
La adivinanza en la zona de los Ntumu. Tradiciones orales del Bosque Fang

Joaquín Mbana Nchama
Brujería fang en Guinea Ecuatorial: el Mbwo

Fernando Ballano Gonzalo
Aquel negrito del África tropical

Ferrán Iniesta y Albert Roca (ed.)
África en la frontera occidental

Antonio Carrasco
La novela colonial hispanoafricana

Miguel Martínez y Sanz
Breves apuntes sobre la isla de Fernando Poo en el Golfo de Guinea

M'bare N'gom y Gloria Nistal (ed.)
Nueva antología de la literatura de Guinea Ecuatorial

José Ramón Trujillo (ed.)
África hacia el siglo XXI

Justo Bolekia Boleká
Recuerdos del abuelo Bayebé y otros relatos bubis

Biyaare es una constelación de estrellas, cuyo trazo evoca un camino donde se confunde el punto de partida y el de llegada, el de llegada y el de partida. Son personas y personajes; voces que denuncian injusticias; entredichos que ratifican verdades, el impulso humano por sobrevivir, venciendo mareas y vientos; el arte mostrando su poder de redención; encuentros que suscitan reflexión; instantes que trasladan a universos imaginarios y delatan deseos y anhelos, también limitaciones; el pasado que nunca acaba de serlo y vuelve una y otra vez al presente, como los fantasmas, para recordar aquello que quedó por resolver y que confluirá con el futuro; acontecimientos y hechos que despiertan la conciencia sobre aquello que somos todos, desde cualquier condición; loas que se mantienen en el tiempo y en la distancia; el viaje como pausa en la sucesión de los días para configurar la esperanza, la búsqueda de nuevos horizontes; ese lugar al que volver cuando no se sabe hacia dónde ir. Todos ellos son mis *biyaare*. Por ellos ando mirando hacia el firmamento, y cuando este se nubla, igual que el transcurso de los días, vuelvo al lugar donde he ido acumulando guiños, palabras, gestos y disfraces.

ÁNGELA NZAMBI

Ángela Nzambi ha convertido el hispanismo negroafricano en un espacio donde, como escritora y observadora crítica de su realidad circundante, describe a la mujer africana de hoy (y de mañana) que revive su doble realidad: la uterina materno-filial, caracterizada por una formación iniciática no reglada pero de profundas raíces, y la vivida en centros formativos impuestos por los colonizadores europeos y de las que se han adueñado los gobernantes africanos.

La presencia de destacados personajes negroafricanos en algunos relatos (como los *griots* malienses, el emperador Sundjata Keita, el profesor Cheik Anta Diop, el Premio Nobel Wole Soyinka, etc.) o la alusión a la implicación de las Naciones Unidas en el Año Internacional de los Pueblos de Ascendencia Africana, el movimiento de la Negritud, la práctica religiosa del Vudú de la diáspora, etc., son testimonios de las experiencias que ha debido vivir Ángela Nzambi durante su nutrida formación reglada. Todo esto convierte sus relatos en escenarios de aprendizaje integral, donde el lector pasa de lo histórico a lo moderno, tanto en el África de las aldeas o grandes aglomeraciones humanas, como en el África de la diáspora. Como todas las escritoras negroafricanas, ya sean o no guineoecuatorianas, Ángela Nzambi es testigo de ambas realidades, de ambas memorias y espacios de configuración identitaria.

JUSTO BOLEKIA BOLEKÁ







ISBN 978-84-15746-66-9